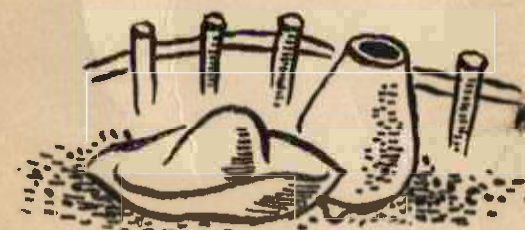


71-19922-11234-4
DONAC
10
DARIO GUEVARA

PRESENCIA DEL
ECUADOR EN
SUS CANTARES



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

PRESENCIA DEL ECUADOR
EN SUS CANTARES



INTRODUCCION

LA POESIA POPULAR ECUATORIANA

I.—Origen, variedad y propiedad de la copla

Cuando el folklorista colombiano Antonio José Restrepo publicó su **CANCIONERO DE ANTIOQUIA**, el escritor argentino Ernesto Morales le observó que esos "cantares antioqueños" no eran de Antioquia sino en mínima parte, porque casi todos fueron importados de España a la América colonial por la memoria de los rastreadores del vellocino de oro. Y en apoyo de su afirmación transcribió una serie de coplas españolas que, con breves variantes, son del repertorio común de Colombia, Ecuador, Argentina o México.

¿Cuál de los dos estaba en la razón? ¿El que llama "cantares antioqueños" a los que recogió en Antioquia o el que niega esa propiedad colombiana porque las coplas son de origen español?

Es cierto que los cantares de Antioquia, en su mayor porcentaje son originariamente de la Madre Patria de Hispanoamérica, como lo son en igual forma las coplas más populares de Chile, Perú o Ecuador; ¿pero el Cancionero Español no está en el patrimonio que heredamos de la ex-Metrópoli? ¿No es propio lo que se hereda legítimamente?

Claro que lo es. Por consiguiente, los cantares españoles que cantamos en Hispanoamérica desde los albores de la Colonia, nos pertenece a los hispanoamericanos por derecho herencial. Y también porque se aclimataron en nuestro suelo y tomaron posesión de nuestra sensibilidad espiritual. ¿Acaso en ellos no está presente el injerto o cruzamiento lírico en armonía con el mestizaje que perpetuó el peninsular, en la exuberancia del bronce nativo y la invitación lasciva del ébano esclavo?

Ahora se nos dirá que los "cantares de Antioquia" no son de Antioquia, sino de Hispanoamérica. Eso es cierto y no es. La paradoja se descifra distribuyendo la herencia de la copla hispanoamericana entre las nacionalidades y las regiones geohumanas de cada país, porque en los diferentes sectores socio-geográficos, los cantares toman su clima peculiar y se adecúan a las diferentes parcialidades.

En razón de lo expuesto, las coplas antioqueñas sí son de Antioquia, sin dejar de pertenecer a Hispanoamérica y a la misma España también. Por consiguiente damos por bien nominado al Cancionero de don Antonio José Restrepo, como lo es, asimismo, la antología de CANTARES DEL PUEBLO ECUATORIANO por don Juan León Mera.



A modo de paradigmas, traemos aquí algunos casos sobre el origen y variación de la copla hispanoamericana.

Original de España:

Mi mujer y mi caballo
se murieron a un tiempo.
¡Qué mujer ni qué demonios,
mi caballo es lo que siento!

Variación de Argentina:

Mi caballo y mi mujer
se han ido a Salta;
que vuelva mi caballito,
mi mujer no me hace falta.

Original de España:

Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero:
pareces campanillita
hecha a manos de un platero.

Variación ecuatoriana N° 1:

Eres chiquita y bonita
como un grano de cebada:
lo que te falta de cuerpo,
te sobra de retobada.

Variación ecuatoriana N° 2:

Chiquita y porondonga
como un grano de cebada:
lo que te falta de cuerpo,
te sobra de retobada.

Original de España:

La farola del palacio
se está muriendo de risa,
al ver a los estudiantes
con corbata y sin camisa.

Variación quiteña:

Los diablos en el infierno
se están muriendo de risa,
al ver a los colombianos
con casaca y sin camisa.

Esta última variación es rigurosamente histórica. "Con casaca y sin camisa" vieron los quiteños a los granadinos y venezolanos que invadieron su ciudad después de la batalla de Pichincha. Pero la satirilla surtió como una broma y un reproche a los desmanes que esos semidesnudos y desnudados veteranos cometían en la tierra donde antes oraban las Vírgenes del Sol.

Desde luego, los ejemplos traídos no nos van a llevar a generalizaciones erróneas. No todas las coplas de un país o de una región de Hispanoamérica son aclimataciones o variaciones de las coplas españolas. En cada nación hay un rico emporio de creaciones del género, y eso tenía que ocurrir en pueblos líricos y jóvenes, entregados al crecimiento bio-físico y espiritual de todo orden.

Este aserto se verá en el curso de esta obra, principalmente en la presencia de la historia ecuatoriana. Y de paso nos preguntamos: ¿Es todo quiteña esta cuarteta alusiva a un borracho que repartía agudezas entre los curiosos de su pueblo?

Fabarita se fue al cielo,
y no hallando un estanquillo
dijo: "No es esta la gloria",
y se huyó por el portillo.



El pueblo ecuatoriano, al igual que todas las colectividades hispanoamericanas, es hábil, ingenioso y artista para crear y ampliar sus cantares musicalizados. Mas cabe advertir que no todas las coplas fueron o son compuestas por los entes del vulgo. Numerosos ejemplares corresponden a personas de educación literaria que interpretaron fielmente

el estro popular y entregaron sus cosechas líricas a la comunidad nacional.

El ambiente de la copla es feraz entre nosotros. Cuando los maestros de escuela de la provincia de Tungurahua hicieron una excursión a la provincia de Imbabura, en 1934, al regreso encontraron que la carretera estaba interrumpida por un torrente ancho de agua. Los autobuses pararon allí, y las mujeres tuvieron que pasar sobre las espaldas de un campesino de por allí. Entonces la copla acudió espontáneamente como el apunte de una crónica:

Del paso del Guallabamba
el trasbordo es lo mejor,
porque pasan las maestras
abrazando a un cargador.

Una de esas maestras era de Latacunga, ciudad que ofrece a todos los transeúntes sus sabrosas "allullas" o galletas de manteca. Y al acercarse a dicha ciudad, los maestros, al son de una música popular, compusieron y cantaron esta cuarteta que recuerda además la venta de "buenos quesos":

Ñuca llacta Latacunga,
tierra de buenos cristianos,
vende allullas y buenos quesos
a costeños y serranos.

2.—Los Cantares del Pueblo Ecuatoriano

Sean de cualquier origen, los cantares del pueblo ecuatoriano constituyen una riqueza incalculable y escasamente recogida. Juan León Mera, el folklorista más acucioso del

siglo pasado, compiló una parte de cantares de las provincias de la Sierra en un voluminoso libro antológico titulado **CANTARES DEL PUEBLO ECUATORIANO**. Pero de las coplas que llegaron a su empeño, muchas no las publicó porque, como extremado mantenedor de la compostura tradicional, le parecieron contrarias al decoro y la moral corrientes.

Esta circunstancia nos hace pensar que si fuera posible recoger toda la existencia de cantares populares ecuatorianos, llenaríamos grandes volúmenes de utilidad imponderable. Por lo que sabemos, en este tiempo sólo el Profesor Justino Cornejo realiza tan necesaria compilación, principalmente en la Costa que ha sido inexplorada en tal sentido. Los cantares montubios que los publicaba en "El Telégrafo" de Guayaquil, en paralelo con los cantares serranos, son arterias nuevas de poesía popular que nos hacen pedir a gritos de ansiedad la pronta publicación de sus ricos cancioneros inéditos.

Entre los cantares del pueblo ecuatoriano hay una serie que, por puramente emotiva e ideográfica, puede ser común a España y toda Hispanoamérica; pero existe otra de características esencialmente ecuatorianas por la presencia de nuestra historia y nuestra geografía, de nuestras tradiciones y nuestra dialectología, de nuestras peculiaridades físico-naturales y de nuestra idiosincrasia nacional. Esta última serie es la que nos guía para plasmar en esta obra la **PRESENCIA DEL ECUADOR EN SUS CANTARES**.

Las coplas y canciones que más patéticamente reflejan la vida nacional del Ecuador son las históricas, porque en ellas palpitan los problemas políticos, sociales y económicos del país.

Nuestro cancionero histórico comienza en el alba de la conquista española, cuando el soldado Saravia envía una cuarteta de contrabando a la mujer del Gobernador de Pa-

namá, diciéndola que Francisco Pizarro había comenzado su empresa de carnicero de indios. Luego el cantar se torna en sátira para zaherir al Tuerto Orellana que dejó pobre a Guayaquil para ir en busca de las Amazonas del río más caudaloso del mundo.

En medio de los calores y fríos de la conquista, los cantares circulan de distintos modos y en distintas formas, al conjuro de arpas y guitarras, bandolas y bandurrias. Y cuando la copla o romancillo no se aviene con la música, se transforma en un epigrama o un epitafio semejante al que se puso junto al cuerpo inmóvil del Virrey Núñez de Veja, decapitado por la insurgencia pizarrista.

Ya en plena colonia, por el filtro de la copla popular pasan los frailes con sus excesos de rijosidad y los feudatarios con sus poses omnipotentes; los indios con su miseria de despojos y los negros con la carga de su esclavitud importada; los nobles con su legajo de pergaminos y privilegios y los cholos con la censura de su sangre; los españoles y los criollos con las pugnas de sus gabelas, y las clases populares con sus achaques plebeyos de humillación y de pobreza.

Es en la época de la emancipación política cuando los cantares aónimos toman las más variadas modalidades preceptivas y celebran un torneo de cintas pasquines. Por nuestra parte, los criollos eran los bardos del patriotismo rebelde, y el pueblo se apropiaba de las entregas líricas para el círculo de sus recados secretos que, en pequeña escala, llegaban hasta los esclavos.

Por los coplarios de la vida republicana del Ecuador pasan los partidos políticos, las guerras civiles, el sufrimiento de las tropas, el bandidaje de los soldados, los contrastes sociales, las costumbres distintivas de las regiones, etc. Y es curioso ver que en las transformaciones políticas, el pueblo

se inclina más a los revolucionarios, como que está poseído por la ansiedad de renovación o quiere mantenerse en perennes sacudimientos. El mismo Alfaro, no obstante la resistencia del fanatismo clerical, tuvo alabanzas y estímulos de la musa popular.

La más fecunda procreación lírica del pueblo ecuatoriano corresponde a las más agitadas épocas de su historia. En la garciana, pese a la mordaz vigilancia del Dictador, los cantares jugueteaban como mariposas que se burlan de su perseguidor. En la larga administración de Veintemilla, sobre todo, la copla se multiplicó para castigar a los tauras y cachudos que avivaron la reivindicación restauradora.

En las administraciones liberales no fueron pocos los cantares satíricos de rojos y azules, o las cuartetos encomiosas de las partes interesadas. También acerca de la invasión peruana de 1941, tenemos un conjunto valioso de cantares glosados por nuestras tropas fronterizas bajo las tiendas de campaña, cuando el enemigo las acechaba con su astucia y su mayor potencia material. Son himnos del patriotismo popular que no han de morir nunca mientras la justicia no le restituya a la nación el derecho y el honor.

El cancionero histórico ecuatoriano anda disperso en los coplarios de Mera y Cornejo, en los tratados de Historia, en las monografías seccionales, en las escasas compilaciones folklóricas, en las novelas y cuentos costumbristas, en las biografías patrias, en los ensayos glotológicos, en los periódicos de empolvados archivos, etc. Pues hasta en los discursos de los legisladores de otros tiempos encontramos la cuarteta alusiva que puso animación sentenciosa en las sesiones. Es que la palabra artística y sabia del pueblo asiste con oportunidad a todas las lides del pensamiento.

3.—Sentido e importancia de nuestra poesía popular

Las principales fases de la vida nacional hallanse en el cancionero popular. En él, los lamentos de los desterrados que desgarran la entraña sensitiva por la patria y la familia; los que se burlaron de la justicia o la administraron en proporción a los bolsillos de los acusados; la tragedia del indio y la explotación del hombre por el hombre; los celos y galanterías, los desdenes y florilegios de amor; las comedias nupciales, las loas genetliacas, las elegías frescas, las sátiras y epigramas, los ovillejos y redondillas. En él, la copia de las costumbres, y la indumentaria polícroma, y la vajilla casera, y la danza, y la música, en ritmos de perennidad. En él, la moral llena de máximas salomónicas y refranes sanchopancescos; la naturaleza ecuatoriana con sus regiones naturales y sus regionalismos, su fauna y su flora, sus creencias y supersticiones, su fe religiosa y su credo político.

Todo, todo el hervor espiritual del pueblo ecuatoriano está en ese emporio de cantares que es vibración de sangre, tañer de bronces nativos, aleteo de hojas del árbol patrio, efluvios tiernos del alma y palpitar del cosmos interior de la nación.

Críticos y poetas de factura snobista han pretendido negar la existencia de la poesía popular, arguyendo que los cantares comunes son sólo una expresión de la experiencia o de los fingimientos de la vida vulgar. Quienes así juzgan, creen que la poesía es un atributo medio divino, privilegio de ungidos, porque el zumo de las musas es algo mágico e inexplicable que se alberga en lo más hondo de los liridos auténticos.

Para tales jueces es falso que todos tenemos algo de poeta, y es falso también que todo niño sea un poeta, por más que cante como los pájaros en los jardines del sueño. Ne-

gado esto, el pueblo deja de ser una infancia madura que lleva en las axilas la ansiedad del vuelo por las regiones del Parnaso.

Pero si es cierto que el poeta es el mejor intérprete del poeta y su poesía, veamos lo que dice Juan León Mera en torno a la poesía popular. Como autorizado crítico de su *Antología Popular*, expresa:

"El pueblo es poeta; pero si le preguntáis individualmente por los ingenios que pulsan su lira, no os podrá contestar. Os enseñará sus coplas y cantares, mas nunca sus poemas, porque no los conoce. Las flores del Parnaso popular, modestas y, con frecuencia, olorosas como la violeta, brotan sin que nadie pueda conocer la mata que las ha producido.

"Sin embargo, esto no debe entenderse de una manera absoluta, pues el pueblo halla a veces en los poetas cultos armonías que le son simpáticas y sentimientos que corresponden a los de su corazón, y al punteado de rústica guitarra se le oye cantar estrofas que han sonado acompañadas de liras de marfil...

"El pueblo ecuatoriano todo lo canta: el suceso de la mañana suena en sus versos por la noche al tañido del arpa o la guitarra; ni hay valiente capitán ni aún criminal de nota que no venga a parar en héroe de nuestros fáciles trovistas de poncho y alpargata. Con frecuencia aciertan éstos a expresar su amor o su pena con encantadora sencillez, o son terribles en cantar sus odios y desdenes: puede decirse que les es familiar el epigrama.

"El retrato moral del pueblo está en sus coplas; retrato a veces hecho de mano maestra, como dicen hizo Rembrandt el suyo propio. Es necesario no menospreciar la musa popular, y se debe recoger y conservar sus frutos escogiéndolos, por supuesto, porque de seguro son útiles por mu-

chos conceptos; y en todo caso se honra al pueblo, que no a causa de su falta de ilustración y de sus maneras incultas deja de formar parte de la familia humana. Especialmente en el sistema republicano el pensamiento y el corazón del pueblo, sus derechos y deberes, sus costumbres y aspiraciones, son partes muy principales de la urdimbre de la vida civil y política; ¿por qué sus afectos y recuerdos, sus dolores y esperanzas expresados sencillamente en serventesios y seguidillas, no han de entrar en la vida literaria? Las florecillas del campo no dejan de ser flores, porque se llaman así las cultivadas con esmero en los jardines; el débil junquillo que crece junto al arroyo, no deja de pertenecer a las graminéas, porque en las márgenes del Amazonas crece la gigante *guadúa*, reina de esa familia vegetal. ¡Y cuántas veces algunos junquillos se han transformado en aquellas monstruosas cañas! Infinidad de grandes poetas ha tenido el mundo nacidos en humilde cuna, y que a no haberse educado felizmente por el arte habrían sido sólo pobres copleros. En el pueblo hay buenos ingenios que se malogran por falta de cultivo. La naturaleza los obliga a manifestarse, y de ahí vienen los torrentes de versos populares que ruedan por nuestras calles y pasan como el agua de las tempestades desbordadas, turbias y dando monótono sonido. A veces no son torrentes, sino arroyos de blando murmurio. A veces no son ni arroyos, son gotas cristalinas que caen para ser absorbidas por el polvo. Recibamos el agua de esos arroyos para gustar de ella; enseñemos la palma de la mano para que esas bellas gotas no caigan en el polvo.

"Depositemos los versos populares en las páginas de nuestros libros".



Poeta universal y poeta anónimo es el pueblo. En todas

partes y en todos los tiempos cantó espontáneamente y amasó su cultura, al son de rústicos instrumentos, entre risas y lágrimas, alborozos y danzas, bajo una choza o al aire libre, bajo las alas del viento. Cantó y en esos cantos maduró el numen de sus cantares, para vitalizar la historia de su humanidad; pero no mediante el archivo empolvado y la letra pasiva, sino con el sentido de sus introspecciones, el impulso de sus sentimientos y el calor de sus juiciosas ideas.

En los cantares del pueblo ecuatoriano, juntamente con el alma nacional, están la efluxión de la raza cósmica, el recado de la geografía de América y el mensaje liviano de la epopeya hispanoamericana. En ellos, la herencia española pone la gracia del moro, la agudeza de Salomón y la virtualidad artística de la progenitora. Empero, al influjo del nuevo clima y los alumbramientos sucesivos desde que comenzamos nuestra historia literaria, ellos presentan al Ecuador en el marco de sus reales potencias.

Por medio de este joyel poético promisor, podemos llegar a todas las aulas nacionales con las más amenas y variadas entregas de ecuatorianidad, para proyectarnos luego en el corazón de la Gran República bolivariana que agilita su regreso y después diluirmos en las fraternidades circulares de Hispanoamérica, Panamérica y el Mundo Pancontinental.

La PRESENCIA DEL ECUADOR EN SUS CANTARES aspira a eso. Perdón por la utopía o inmodestia que se quiera dar a la explosión de anhelos! Sin embargo cabe explicarse que la musa del pueblo será la que actúe en tan codiciado portento! ¡Salud bardo sin nombre ni campanillas! ¡Que la Patria Ecuatoriana no te olvide por todos los siglos de su existencia! ¡Salud!

PRESENCIA DE LA HISTORIA

I

RECADOS DE LA CONQUISTA

1.—La copla del ovillo

Antes de la conquista española, el indio ecuatoriano debió cantar la nostalgia que se retorció en el refugio mitimae; la loa del amor en la loa de la siembra y la esperanza; la queja sentimental asilada en la hondura del corazón por la mujer ausente o en caminos inaccesibles; el milagro cristalizado en la promesa de la cosecha y la hermosura del paisaje; la explosión emotiva de las fiestas al influjo del aire y del sol, de la música y el licor. Y también la omnipotencia de sus dioses y el poderío de sus reyes; los triunfos y las derrotas en la resistencia a las conquistas del Inca. En fin, debió cantar como todos los hijos de un pueblo en el ámbito del mundo y en la curva del tiempo, al son de las armonías espontáneas y los vuelos de las notas en la voz.

Pero poco o nada nos ha dejado la furia de la conquista castellana y la ausencia del alfabeto, del alfabeto que perenniza las bellas letras. Y fuera de lo que nos legaron algunos cronistas de Indias o unos pocos indios letrados por la feliz

casualidad, la poesía aborigen es una primicia ausente y siempre ausente por los siglos que vienen y los siglos que van.

Los primeros hilos de una nueva lírica popular llegan a las costas ecuatorianas en la barca de los cazadores del Vellochino de Oro. En sus aguas pacíficas, al calor de los recuerdos y las penalidades, los conquistadores del Tahuantinsuyo parten la hostia del destino entre la copla que mensajea el dulce sabor de la Patria y el instrumento musical que sabe de sus heroísmos y amarguras.

Pizarro, ese Francisco Pizarro que calzó la espuela dorada y cambió su obscuridad genésica por un baúl de pergaminos nobiliarios, siguió la raya del Descubridor, y en Panamá partió la hostia de la piedad ritual con Fray Hernando de Luque y Diego de Almagro, y después se lanzó como una bala de arcabuz a la conquista del imperio incásico que los nativos llamaban el "Birú". Y entre idas y venidas, en juego forzado de ardilla del mar, llegó a Atacames, en donde se olvidó de la hostia tripartita y partió injurias con Almagro. Y allí se hubiera roto el cántaro de la lechera o doña Truhana, si a tiempo no acude el buen juicio de los demás, y don Diego se decide por el retorno en caza de alimentos y otras provisiones de boca y valentía.

Dejando a don Francisco en Tierra Firme y en un escenario tejido de flechas aguzadas, Almagro volvió a Panamá. Pero el soldadito Saravia que integró la compañía de la espera, despachóle un encarguito para la esposa del señor Gobernador: un ovillo de hilo de algodón que parecía el puño de una mano y que, con ser tan blanco, había sido hilado por los dedos ágiles de bronceas doncellas.

Aquel ovillojo parecía una jaula de rejas cruzadas porque escondía un pájaro cantor y delator de las locuras de esos quijotes de la cruz y del oro. Era el pájaro protocronista de una copla que ha llegado a la perennidad vitalicia:

Pues, señor Gobernador,
mírelo bien por entero:
que allá va el recogedor
y aquí queda el carnicero.

¿Fué, acaso, la profecía de lo que iba a suceder? Que lo respondan Cajamarca y sus millares de indios asesinados con la absolución de Fray Vicente Valverde. Que lo diga la historia!...

2.—La queja del aravico

Armado de hombres, armas y vituallas, volvió "el recogedor" y se juntó al jefe de la "carnicería". En marcha de triunfo y de barbarie llegaron a Cajamarca. Tendieron una emboscada de terror y de sangre, hasta tenerle en cadenas al último Hijo del Sol. Al fin, en ceremonia tragicómica, administráronle el primer sacramento de la cruz, y, apadrinado por Francisco, con el nombre de Francisco, enviáronle al cielo de los cristianos, al son de responsos valverdinos y en medio de un luto riguroso.

Después ningún español lloró por el Inca; antes bien, la fiesta se hizo entre los cristianos, al repartirse el Vellochino de Oro, en proporción a la categoría y los méritos de **tan esforzados vencedores**. Atahualpa quebró su sol en la mitad del día, y en su memoria sólo un aravico de Tumbaco entonó la elegía del corazón en versos amargados que se conocen con el título de **Atahualpa Huañui** o la Muerte de Atahualpa. Hélo aquí, en una parte desgarradora que recuerda la tragedia:

Como nieblas ví los blancos
en muchedumbre llegar,

y oro y más oro queriendo
se aumentaban más y más.

Al venerado Padre Inca,
con una astucia falaz
cogiéronle, y ya rendido
le dieron muerte fatal.

Al mirar los sacerdotes
tan espantosa maldad,
con los hombres que aún vivían
se enterraron de pesar.

¡Ay! no muero recordando
tan funesta adversidad!
¡Y vivo, cuando desgarras
mi corazón el pesar!

3.—El tuerto y el descabezado

De la célula conquistadora desprendióse Sebastián de Benalcázar, como otro proyectil de arcabuz, para perseguir al ínclito Rumiñahui y fundar San Francisco de Quito sobre las faldas del monte que, tres siglos después, verá romperse las cadenas del tutelaje opresor. Pero desde estas alturas níveas en donde quedaban las huellas o las ruinas de los templos del Sol y de la Luna, era preciso bajar al País de la Canela y ver hacia dónde se iban esos ríos dorados de los Andes. En efecto, Gonzalo Pizarro puso su índice en el rey de la amanecida y en esa dirección se fue, llevando consigo un cincuenta por ciento de previsión y al Tuerco Orellana, fundador de Guayaquil.

Para seguir al hermano de don Francisco, su tocayo, Orellana tuvo que dejar la Perla de Balboa, no sin arrancar-

la sus mejores recursos, pese a la oposición de sus paisanos. Mas al día siguiente de su partida, un letrado amaneció pegado en la puerta de la casa del Cabildo (Dic. de 1540):

Ya se fue el Tuerco,
a Guayaquil dejando
cuasi desierto.

El Tuerco vió su futura gloria con la retina de su ojo intuitivo, y con un solo ojo descubrió el Río de las Amazonas o Soberano de los ríos del mundo. Mas en tanto él se abrazaba con las penalidades y la gloria, Gonzalo Pizarro volvía a Quito desposado con la fatalidad. Y lo que es peor, arriba al seno de la discordia para luchar en Iñaquito con la lealtad regia del Virrey Núñez de Vela. Y lo venció con el coraje de su hermano muerto. Y sus soldados, en nombre de una aurora autonomista que sonreía en la lejanía del futuro, le cortaron la testa al Visorrey, para celebrar las exequias con vuelos de campanas y responsos cantados, lo mismo que ante el cadáver de Atahualpa.

La lealtad española no faltó entonces, como no faltó después, hasta en los días de la insurgencia libertadora. Y fué uno de los oscuros soldados de la hueste monárquica, un tal Gonzalo de Pereira, quien puso este epitafio elocuente sobre la tumba de su ilustre muerto:

Aquí yace sepultado
el ínclito Visorrey,
que murió descabezado
como bueno y esforzado,
por la justicia del Rey,
y su fama volará;
aunque murió su persona,
su virtud sonará.

y, por eso se le dará
de lealtad la corona.

Los acontecimientos inmediatos siguieron atizando la discordia como una vela de sebo. Luego llegó La Gasca, y en nombre del Dios de los cristianos y del Rey, pagó la cabeza de Núñez de Vela con la del rebelde Gonzalo Pizarro. La ley del talión se cumplió a corto plazo, como una sentencia prescrita sobre el tablado de una tragedia teatral...

II

RECADOS DE LA COLONIA

I.—Dos contra cinco

Cuando la paz se hizo entre los conquistadores de nuestras tierras, el ex-Reino de Quito entró en un período de estructuración colonial, gobernándose primero como Tenencia de la vastísima Gobernación de los Pizarros y luego como Real Audiencia erigida por Cédula Real de Felipe II, en 1563.

El Licenciado don Hernando de Santillán fué el primer Presidente de la Audiencia. Tomó asiento en el Poder bien asido de un manojo de Leyes de Indias, y no bien supo que españoles y criollos festinaban el sudor de los nativos, procedió como debía proceder una flamante autoridad llamada a ejercer justicia, ante el quejido de los unos y la protesta abusiva de los otros. Oyó el clamor de los oprimidos y frenó la explotación de los opresores, sin aflojarse el cinturón que el Rey de las Españas se lo dió juntamente con el nombramiento.

Lo mismo hizo su sucesor, don Manuel Barros de San Millán, porque sus cuatro Oidores se parecían al cinturón del

Rey. Mas hallándose en ese ambiente caldeado de incomformidad española y criolla, llegó la Cédula Real de las Alcabalas que, entregada al público por bando, transformó la ciudad de Quito en un griterío de resistencia e indignación, por más que se decía que el impuesto no era para la Corona, sino para rechazar a los piratas que sembraban el pánico en las costas americanas.

Los ricos y pudientes pusieron su protesta en la voz de las campanas locas, y movieron al Cabildo con la zalamería de un alfeñique democrático, y tras él se fue el pueblo también que nunca estuvo conforme con los gravámenes sobre la escasez de su pan amargo. Así, pues, el segundo Presidente y sus cuatro Oidores, de un rato a otro, se vieron sobre ascuas. Y ese fuego sólo podían apagar las armas que pidieron al Virrey del Perú.

Antes que la represalia llegue de afuera, una mañana asonaron en cartelones dos estrofas que apuntaban su rencoroso lirismo contra los cinco mandones. Ese era un parto del que se apropió la antigualla popular:

Cabildo fuerte de Quito,
que os habéis tan bien mostrado
por aqueste pueblo aflito,
mira bien que os trae engañando
aqueste eunuco maldito.

Si el segundo mandón es malo,
dejadlos que en su rincón
están los que el corazón
le sacarán por un lado
a los cuatro como son.

2—Un sermón del Reverendo Calisto

La enemistad entre gobernantes y gobernados continuó principalmente en la cabecera de la Audiencia. Y contra aquéllos, las coplitas no dejaron de madrugar o de mecerse en la música de las fiestas de casa adentro. Sobre todo contra el Presidente Pizarro se decía muchas verdades en verso, como aquello de las prebendas que puso en la falda señorial de su mujer y en los brazos manisuelos de sus hijos. ¡Ah!, desde entonces "la sal quiteña" entró en todo su vigor, para una notoriedad tradicional.

El señor Pizarro fué llamado a integrar el Supremo Consejo de Indias. Pero él no quiso ausentarse de este real asiento antes de cancelar una deuda a la Virgen de Guápulo. Se trataba de una misa ofrecida a la imagen cuando el regreso a la Metrópoli aún se escondía entre los pliegues de la Presidencia.

La ceremonia se llevó a cabo con la pompa que competía a tan alto devoto. Y el sermón corrió a cargo de Fray Antonio José Calisto, reputado como gran orador del convento franciscano de Quito. Mas como en predicación pagada había que ponderar la virtud cristiana de su pagador, Fray Calisto dijo que el Presidente cesante era un apóstol y un extraordinario protector de la Iglesia Católica que se extendió por el Nuevo Mundo en gracia de una especial concesión de Dios.

El pueblo de Quito, psicólogo por intuición y dueño de un gran salero de ironía, pronto sacó a luz una bien encajada redondilla:

El Reverendo Calisto
un gran sermón predicó:
mucho habló del mal ladrón,
y nada dijo de Cristo.

3.—Lírica proletaria

Las Leyes de Indias, animadas por el sermonario del Padre Las Casas, nada pudieron contra la explotación y el aniquilamiento de los pobres indígenas. Solamente la clase popular que estaba muy cerca a él, aunque con sus desdenes también, comprendió la significación de esa tragedia que se tradujo en una copla:

Triste suerte la del indio:
come mal y mal se viste,
trabaja como un borrico
y hasta cuando baila es triste.

Pero ayudándole a llevar la pesada carga, como un Cirineo de la cruz, y en la más humillante condición humana, estuvo el negro esclavo. Y para este otro paria de tan negro destino, tampoco faltó la sensibilidad del lirida:

Pobre negrito, qué triste está:
trabaja mucho, no gana ná,
ni pa la chicha ni la empaná.

El español, sin más pasaporte que su procedencia terrígena, constituía la clase social más preponderante de la colonia. Y el que nació acá, al influjo de la mezcla de sangres y bajo el rigor de la pobreza, **cholo** a diestra y siniestra se llamaba. Y tanto se generalizó este término, en sentido denigrante, que el Virrey Amat le bautizó de Perrichola (perra chola) a su célebre amante, Miquita Villegas.

No obstante la acepción de pequeñez o poquedad que llegó a tener ese vocablo, no pocos cholos se sumaron en las filas de los criollos de pura descendencia española. El oro obraba ese milagro, sabido que el oro daba por entonces san-

gre azul y títulos nobiliarios. Pero era evidente, a la luz del vellocino rubio, que donde sonaba el metal precioso no había sangre noble que se resistiera a su fusión con la chola o la mestiza de ultramar. Mas ¿quién sudaba para que ese prodigio rompa el cristal de las castas encopetadas? Una cuarteta romanceada sabrá decirnos:

En este tiempo, los nobles
venden su cuna y su mano,
sin reparar que los pagan
con dinero de un esclavo.

En buenas cuentas, nobles de la colonia eran los españoles enriquecidos en América y los criollos y cholos que se hicieron ricos por igual, a merced del brazo que sudaba bronce y ébano. Recordando un caso, Baltazar Carriedo Arce (alias **Mazorra**), trocó su pobreza peninsular por una fortuna fabulosa, según se dice, casándose con una rica de la jurisdicción de Quito. Y el Mazorra fué dueño absoluto de casi todas las vegas del Patate y del Pastaza superior. Y aludiendo al Mazorra, un poeta de la provincia del Tungurahua echó a rodar esta coplita:

¡Qué bonito es el Patate
bien mirado desde aquí:
por sus aguas corre el oro
del dueño de Puñapí.

Si el Mazorra era dueño y señor de las vegas de Patate, la mejor parte de la provincia de Tungurahua, los Dávalos lo eran de Riobamba y gran parte de lo que hoy se llama provincia de Chimborazo. Ellos, como pocos, conocían el secreto de convertir el oro en panes para aventarlos en la opulencia y el derroche.

Los Dávalos de Riobamba
y el Mazorra de Patate,
sólo ellos como cebada
avientan el oro en panes.

4.—Lupa pelucona

La división antagónica de clases y castas sociales era tremenda en la colonia. Había una clase de blancos de primera que ostentaban títulos nobiliarios y otra de blancos de segunda que carecían de escudos y pergaminos; una de blancos nacidos en España y otra de blancos nacidos en América; una de ricos y otra de pobres; una de mestizos asimilados a los criollos, que descendían de españoles e indias de la nobleza autóctona, y otra de mestizos corrientes que aspiraban la riqueza o la sotana para alzarse a "mejor sociedad". Y tras ellas iban en escala descendente, los mulatos, los cholos, los zambos, los indios y los negros, dejando entre sus pliegues una variedad confusa e indefinida de tipos y de sangres.

Las llamadas castas "superiores" humillaban a la plebe y alas demás clases desposeídas, imponiendo sus caprichos de autoestimación diferencial. Así, por ejemplo, los indios y negros, cholos y zambos, no podían vestirse al estilo de los mestizos, ni éstos —si eran del pueblo—, al estilo de los nobles, porque para tal "delito" hasta las puertas de los presidios se les abrían, amén de multas, azotes y ridiculizaciones vergonzosas. Y ¡ay del cholo que use guantes o quitasol! Y ¡ay del "blanco" sin "limpieza de sangre" que lleve peluca o un paje de cola! Hasta el paso en las aceras y en las veredas debía ser cedido con rigurosa jerarquía, y cuando este "derecho" era disputado, había que resolverlo con la espada o los dictámenes de los tribunales. Para nosotros que lo atestigüe ese viejo célebre de las "Tradiciones Peruanas".

A pesar de todo, las limitaciones y prohibiciones de la tradición linajuda llegaba a perder sus linderos al influjo poderoso de don dinero. De esta verdad imperiosa, nos dice a las claras una canción de la época, recogida por el Cronista Vitalicio de la Ciudad de Guayaquil (Dr. Modesto Chávez Franco). Ella es la mensajera de cómo la teoría pelucona se filtraba en la sangre del prójimo para glosar el ridículo:

Tan grande es mi carcajada
que la risa me desnucan,
si un indio veo con peluca
y un negro ciñendo espada;
o es una zamba tapada
o es un cuarterón con gola,
o un torna-atrás con birola,
mulata con tiesa enaguas
o morisco con paraguas
y cambujo con estola.
Saber letras y latines
pase que un mestizo pueda;
portar greguescos de seda
y jubón y calcetines;
pero la china a maitines
no lleve su propia alfombra
porque el castizo se asombra
si junto a su tapete
un villano alza el copete
y le hace su gola sombra.

5.—La Musa de Mejía

Las letras ecuatorianas de la última década del siglo XVIII y la primera del XIX, fueron neoclásicas, con un asomo de romanticismo político. Entonces el Arte Poética de

Horacio, detallado por Boileau, se hizo presente con los preceptos más rigurosos. Por esa causa era tarea difícil hacer versos o salir a la luz en brazos de las musas.

Pero "quien no arriesga no pasa el mar", y José Mejía Lequerica era de los más esforzados luchadores contra la barrera de prejuicios de su tiempo. Pues si él tenía genio para las ciencias y la elocuencia, ¿por qué no podía dialogar con el Padre de las musas?

Don José Mejía compuso versos, y cierta vez los entregó al juicio de un amigo, el satírico don Juan Larrea, quien emitió su veredicto epigramáticamente:

Para escuchar tus versos, ¡oh Mejía!
los dioses del Olimpo se reunieron;
a la primera estrofa bostezaron
y ala segunda estrofa se durmieron.

III

RECADOS DEL TIEMPO HEROICO

1.—Coplas precursoras

En los primeros albores de nuestra emancipación política, la copla popular descarga los evangelios de la insurgencia sobre los "chapetones" de la comunidad del Rey. Muchos de esos recados líricos se atribuyen al Precursor de nuestra Independencia, al doctor Eugenio de Santa Cruz y Espejo, a quien se da la paternidad de esta proclama subversiva que una mañana y otra y otra, asomó en el tablero de

las casas coloniales de Quito y de otras ciudades de la Audiencia:

A morir o vencer sin Rey,
prevengámonos, valeroso vecindario.
Libertad queremos,
y no tantos pechos y opresiones.

Y no era solamente la pared de la casa solariega la que se ofrecía para tan atrevido recado. La estrofa iba de mano

en mano, como de un escondite a otro, a merced de las copias sigilosas. Lo mismo ocurrió con este otro mensaje:

Desde Lima ha llegado
esta receta fiel:
a vencer o morir
conforme nuestra ley.

Igualmente atribuida a Espejo es esta otra cuarteta que la aurora de un día de marzo de 1795, asomó en las paredes del vecindario de Cuenca:

Indios, negros, blancos y mulatos!
ya, ya, ya no se puede sufrir:
como valerosos vecinos
juntos a morir o vivir.

Así llegaron tantas pepitas líricas al Parnaso precursor de nuestra emancipación política. La Luz de América que aún no se prendía a las faldas del Pichincha, disparaba sus luciérnagas que, al andar de los tiempos, debían ser luceros de la epopeya continental.



Cuando los pasquincillos parnasianos no eran despegados de las paredes o rasados de los blanqueados por las manos de los esbirros de la autoridad monárquica, al pie de las estrofas se colgaban estribos de contra y pro, a la manera que aquí la subrayamos:

Desde Lima ha llegado
esta receta fiel:
a morir o vencer

conforme a nuestra ley.
Menos los pechos del Rey.

Indios, negros, blancos y mulatos!
ya, ya, ya no se puede sufrir:
como valerosos vecinos
juntos a morir o vivir.
¡Unánimes hemos de ser!

El papel constituía el instrumento principal de estos recados que, en sustancia, sacudían los impulsos secretos de la liberación. Mas como los agentes de la Audiencia no cesaron de rasgar tales propagandas, el anónimo de la represión amenazante no se dejó esperar:

El que rompiere
su vida perder quiere.

2.—La mandolina de Manuelita

Los cantares subversivos de la emancipación política sudamericana anduvieron de brazo con las traducciones de los derechos del hombre y las doctrinas filosóficas de los enciclopedistas. En consecuencia, mientras en las tribunas se hablaba, en voz baja, de la justicia que asistía a los americanos para ser libres por derecho natural, en las fiestas familiares de los criollos y del pueblo, se oía algún cantar autonomista, afilado como una cuchilla de barbero.

Refiriéndose al actual Ecuador, Concha Peña Pástor nos recuerda un episodio de Manuelita Sáenz, la que más tarde llegó a ser la amante y libertadora del Libertador. Cuenta que la chiquilla inquieta, habida fuera del matrimonio, fué recogida por su padre y llevada al valle de Los Chillos, para que viva en unión de su madrastra y de sus hermanas pater-

nas que le echaban en cara su quiteñidad. La pobre niña, ya entrada en los complejos de la pubertad, soportaba con indignación las humillaciones linajudas de esa gente sin consecuencia a su propia sangre...

Don Simón Sáenz, padre de Manuelita, fué Colector de Rentas Reales de la Audiencia y, por añadidura, español y realista hasta los huesos. Su esposa tenía igual origen y era su propia imagen en eso de izar la españolidad realista en la punta de su lengua. De las hijas de ambos, no se diga nada. Por algo dirá el refrán: "De tal palo, tal astilla".

Cuando sus hermanas y su madrastra se recogían a la ciudad para los cumplidos sociales y la ostentación de sus riquezas en sedas y miriñaques, Manuelita se vengaba de esa parentela, cantando una coplita que le enseñaron sus esclavos para las notas de su mandolina:

Viva nuestro pueblo,
viva la Igualdad,
la Ley, la Justicia
y la Libertad...

3.—Toros por el Rey preso y el Rey coronado

En 1808 cayó Napoleón sobre España como una bomba sobre el castillo de 300 años de esplendor. El astuto Emperador francés, antes de ver en tierra los torrentes de sangre de la herencia del Cid y de Pelayo, interpuso su influjo imperialista para la abdicación de Carlos IV y la coronación de su hijo Fernando VII. Después, en juego de su misma astucia, el corso guardó en prisión a las dos realezas españolas. Pero en las colonias de América había que celebrar el advenimiento de Fernando. Y la fiesta de toros era lo más corriente.

En Quito hubo toros por la gloria del nuevo Soberano.

Pero ¡qué gloria! ¡Si el pobre estuvo en prisión, en compañía de su padre destronado! ¡No obstante hubo toros! No se podía perder la oportunidad tan acariciada por la tradición.

En Quito hubo fiesta de toros, sin hacer caso esta no injusta censura:

¡Oh, Quito! sin atención
a los sagrados decoros,
que te diviertes con toros
estando el Rey en prisión!
Ignominia y confusión
del americano suelo,
cuando todos con desvelo
claman la piedad de Dios,
en letargo sólo vos
no haces memoria del Cielo.

Este reproche es, sin duda, de parte realista. Porque para el quiteño y el americano en general, lo esencial era festejar más que el ascenso del Príncipe de Asturias, el descenso de Carlos IV, juguete de Godoy, públicamente denunciado como amante de la Reina María Luisa. Además aquello de la prisión, ya poco tenía que ver frente a los anhelos de independencia que se maduraban por acá. Pero al autor de aquella décima había que contestarle con otras de cepa criolla:

¡Oh ignorante Don Quijote,
o a lo menos su heredero,
¿quién te mete, majadero,
a desplegar tu bigote,
y cuál pérfido Izcariote
detraes el mismo bien,
dando a entender que eres quien

pones la cartilla en manos
de los sabios cortesanos,
en vez de decir amén?

Das en rostro con los toros
por ser puro material,
y juzgando a lo animal,
ni sabes qué son decoros;
y contra fueros y foros
darnos pretendes la ley,
quitando homenaje al Rey
a quien fieles celebramos
de Quito los ciudadanos,
que componemos la grey.

Mas tú, como ya expelido
de ella, muy necio murmuras,
y vanamente te apuras,
como hipócrita atrevido,
a expresar que hemos vivido
nosotros sólo en letargo,
sin que hayas visto el amargo
de los fieles corazones,
que en continuas oraciones
derramamos, sin embargo.

No sabes que aunque en la plaza
se ostenta del Rey la jura,
luego el Quiteño procura
pasar à la Santa Casa
de Dios, donde se asegura
en coloquios amorosos,
y con llantos fervorosos
la Real familia encomienda,

sin que Sancho Panza entienda
aquestos actos piadosos.

Pero si cual fariseo
acusáis con impiedad,
mirad, manchego, mirad
que ofendéis al alto empleo;
pues con la crítica veo
insultáis al Magistrado,
y al Señor comisionado
que los toros aceptó,
y aún el mejor día dió,
viniendo en pro del Estado.

Fuera de todo lo que se puede suponer sobre la intención de estas décimas quiteñas, lo evidente es que la fidelidad a la Corona española era puramente formalista y de táctica política para los partidarios de la independencia. La verdad de este aserto llegará sin espera, al hilo de esta misma guerra de versos.

4.—¡Abajo, malditos godos! ¡Viva la Junta!

La prisión de Fernando VII escudó el grito emancipador del 10 de agosto de 1809. Al principio fué necesario entregar a los vientos, la paradojal proclama: ¡Viva el Rey de las Españas! ¡Abajo el feroz Bonaparte! ¡Abajo los godos tiranos! ¡Afuera los chapetones! Todo medido y calculado, para justificar la presencia de la Junta Soberana del Gobierno de Quito. Sin embargo, un asomo de la intención ya se pintaba desde los albores, por lo que testimonian estos versos:

Por fin se va vislumbrando
alguna luz en el cielo,

y aunque vuelva el Rey de España
habrá dicha en este suelo.

Ese feroz Bonaparte
que tiene al Rey en prisiones,
de España ha de ser echado
por los bravos chapetones;

pero estos godos tiranos,
tan déspotas e insolentes,
que vienen por acá hambreados
en todo a clavar los dientes,

en Quito ni en otras partes
no han de ser más aguantados,
y han de ser sustituidos
por los patriotas honrados.

La prueba es que ya tenemos
una Junta respetable,
de gente ilustre y de luces,
y para todos amable:

esa gran Junta, que sabia
todo en razón lo ha de hacer,
no como el Gobierno torpe
que cayó por siempre ayer.

El "Gobierno torpe que cayó" no es el de Fernando, sujeto en parte por la garra napoleónica, sino el de Ruiz de Castilla depuesto o desconocido por la Junta Soberana de Quito. Empero, estas otras estrofas concretan más la causa colgándose del entusiasmo:

¡Abajo, malditos godos!

¡Viva la Junta!

Libertad queremos todos,
independientes vivir;
con ellos de todos modos
este vivir es morir.

Queremos derechos propios

¡Viva la Junta!

Que nos manden no queremos
autoridades de afuera;
ya no las toleraremos,
y el que contradiga, muera.

Quito es ya libre desde hoy.

¡Viva la Junta!

Ya en toda la Presidencia
reinará la Libertad.
La Divina Providencia
nos dará la potestad.

O somos libres, o no.

¡Viva la Junta!

Si libres no hemos de ser,
más vale como los incas
sepultados perecer,
y no de España ser fincas.

5.—¡Abajo el Pueblo Soberano! ¡Abajo los rebeldes!

Ayer escondieron la mano los insurgentes, después de estampar sus desahogos revolucionarios en el cartelón del público. Ahora, ya los tiempos han cambiado, y son los rea-

listas quienes tienen que devolver los golpes, ocultándose entre las sombras del anonimato. Y así, al amparo de la capa de Pasquino, la Junta Suprema y el Pueblo Soberano fueron acometidos por una serie de décimas, dos de las cuales copiamos de Juan León Mera que nos viene surtiendo de este material precioso de antiguallas del tiempo heroico. Hélas aquí:

¿Qué es la Junta? Un nombre vano
que ha inventado la pasión,
por ocultar la traición
y perseguir al cristiano.
¿Qué es el Pueblo Soberano?
Es un sueño, una quimera,
es una porción ratera
de gente sin Dios ni Rey.
¡Viva, pues, viva la Ley,
y todo canalla muera!

De toda esta gran ciudad
los traidores serán ciento;
los demás con sentimiento
sufren la calamidad.
En tal oportunidad
un hombre de la nobleza,

que preste con entereza
a todos su protección,
cortará fiel la traición
cortando a tres la cabeza.

Para zaherir a los principales patriotas del 10 de agosto y a las señoras Manuela Cañizares, Josefa Tudó y N. Rea que desempeñaron papeles importantes en la maduración de la gesta revolucionaria, los realistas de la contienda lírico-pas-

quinera sacaron a lucir los ovillejos, siempre al respaldo del anónimo y con el personalismo a discreción. Veamos:

¿Quién ha causado los males?

Morales.

¿Quién los cubre con su toga?

Quiroga.

¿Quién perpetuarlos desea?

Larrea.

Es menester que así sea
para lograr ser mandones,
estos desnudos ladrones
Morales, Quiroga y Rea.

¿Quién angustias os destina?

Salina.

¿Quién quiere que seais bobos?

Villalobos.

Ya se aumentarán los robos
en aquesta infeliz Quito,
pues protegen el delito
Salinas y Villalobos.

¿Quién mis desdichas fraguó?

Tudó.

¿Quién aumenta mis pesares?

Cañizares.

¿Y quién mi ruina desea?

Rea.

Y porque así se desea,
querría verlas ahorcadas
a estas tres tristes peladas
Tudó, Cañizares, Rea.

6.—Cuartetas de los "bungas"

Si las mujeres del 10 de agosto fueron ridiculizadas con el mote de **peladas**, porque la lengua ovillejera quiso apocar solamente a la pobreza, los patriotas y los godos se apodaron de **bungas**, en cuartetas que exprimían acusaciones recíprocas de pereza y mal vivir, al estilo de estos dos ejemplares:

Al fin estos godos **bungas**
nos dejarán respirar;
al fin ya tenemos Patria,
ya tenemos Libertad.

La Patria clama y pregunta
¿cuál sea esta Libertad?
—Suplir su necesidad
esos **bungas** de la Junta.

7.—El Testamento de la Independencia

Desde los primeros días de la revolución de Quito, la guerra de pasquines entre godos e insurgentes fué más activa que la de las armas y municiones. Unos y otros se decían "vela verde".

Esta campaña cedió en favor de los primeros, después del triunfo realista de Sámano en el norte, cuando las tropas del Virrey del Perú acamparon en Quito. Entonces ellos, victoriosos y petulantes, entregaron a la circulación un "Testamento de la Independencia", repartiendo el reproche y la burla entre los personeros del movimiento político del 10 de agosto, al compás de este estribillo: "¡Viva el Séptimo Fernando!".

Dicho Testamento, reproducido en partes por nosotros, es del tenor siguiente:

El alto Dios su clemencia
en la España va ostentando.
¡Viva el Séptimo Fernando,
y muera la Independencia!

Aunque yo del negro averno
conduje la Rebelión,
robar no puedo al Gobierno
de la Casa de Borbón;
pues me retiro al infierno,
y, dejando mi insurgencia,
verdades voy declarando.
¡Viva el Séptimo Fernando!

Declaro en primer lugar
que en Popayán esperaba
mi obstinación continuar,
y al paso que me obsecaba
con denuedo militar,
despreciando mi insolencia
entró Sámano triunfando.
¡Viva el Séptimo Fernando!

Item, declaro impaciente
que, perdida la esperanza,
ya no seré independiente,
pues que mi fuerza no alcanza
para al Rey hacerle frente;
¿y he de ver sin impaciencia
a los realistas cantando?
¡Viva el Séptimo Fernando!

Item, declaro que España
la América contendrá,
y aunque extienda mi cizaña,
mi cizaña no será
bastante a rendir la caña
conque la sabia Regencia
rige el católico bando.
¡Viva el Séptimo Fernando!

Y puesto que ya me muero
y no tengo de volver,
porque según lo que infiero
siempre el Rey me ha de veneer,
mis legados dejar quiero,
pues me obliga la conciencia
a decir qué voy dejando,
¡Viva el Séptimo Fernando!

A continuación van las herencias.

Les dejo a mis herederos
perpetuos remordimientos,
porque crueles carniceros
dictaban fallos violentos,
violando sagrados fueros...

Fusiles dejo y cañones,
pólvora, balas, y aún dejo
las casacas y calzones,
y las gorras de pellejo,
los bordados y galones,
papeles y menudencias
de tanto decreto y mando...

Y pues que Dios ha jurado
a mis Reyes amparar,
hasta que, el mundo acabado,
no haya España en que reinar,
según el texto citado,
conozco mi insuficiencia,
lo que acabo confesando.
¡Viva el Séptimo Fernando!

Tanto optimismo hiperbólico ¿en qué mismo quedará?
El Pichincha lo escucha y se sonríe como un mago o profeta de la Libertad. Y Bolívar está sobre las armas. Sin embargo, sigue la música al son de la contienda.

8.—Por los mártires del 2 de Agosto

La revolución del 10 de Agosto de 1809 depuso al Presidente Ruiz de Castilla, que representaba a la Corona española aprisionada por las redes imperialistas de Napoleón. Pero el Magistrado volvió luego al Poder, prometiendo “perdón y olvido”. Sin embargo, poco tiempo después, empujado por la venganza realista, echó al fango su “palabra de honor” y encarceló a los patriotas Salinas, Quiroga, Ríofrío y otros más, en número de 70. El 2 de agosto del año siguiente, el pueblo quiso libertarlos por asalto; pero la represión oficial consumó una matanza feroz que consternó a toda la América.

En Quito, teatro del dolor, la elegía se deshojó en quejas tonadas de ira y de venganza:

¡Ay dolor! ¡suerte fatal!
para estos asesinatos,
de nuestros dos virreinos
se trajo a esta Capital

a los hombres desalmados,
gente inicua y criminosa,
impía y facinerosa,
en delitos consumados:

de las cárceles extraídos,
condenados ya a suplicios,
los trajeron por sus vicios
delincuentes forajidos.

Estos que sin religión
no respetan al anciano,
al sacerdote, al cristiano,
virtud ni moderación;

fueron buenos instrumentos
para el robo y la matanza,
para la ira y la venganza,
para el horror y tormentos;

siendo no menos perdidos
sus ladrones oficiales,
que causaron nuestros males,
dignos jefes de bandidos...

Por esta memoria fresca, tras la descripción de la masacre, van pasando los mártires con sus respectivos marcos de tragedia:

Con rigor, desprecio y brío,
vierte el soldado brutal
la sangre sacerdotal
del Presbítero Riofrío.

Opresión, grillos, cadenas,
muerte, soledad y susto
sufrió como varón justo,
humilde, inocente, Arenas.

Como carniceros lobos,
carne y sangre devoraron,
y en huesos secos dejaron
al anciano Villalobos.

Entregado a los dolores
en la sentencia sangrienta,
a su Dios rindió la cuenta
el ilustre Miraflores...

En cuanto al heroico Salinas, brazo vigoroso de la revolución, la elegía lo recuerda de este modo:

En los montes y colinas
resuenan ya mis lamentos,
y con lúgubres acentos
lloro también a Salinas.

El héroe de esta redondilla fué el más popular en el corazón de la multitud. El pueblo auténtico lo cantó en una copla que ha llegado a nosotros con el mensaje de las guitarras doloridas:

Como león encadenado
el esforzado Salinas
cae, el pecho destrozado
por las balas asesinas.

El monstruoso crimen del 2 de Agosto fué fecundo en

lágrimas y sonos. Todos los caídos en aras de la Patria fueron bendecidos por la lírica de poetas espontáneos y anónimos. Y la santa venganza quedó en pie:

¡Oh dos de agosto maldito
en que los crueles hispanos
ensangrentaron sus manos
con el más atroz delito!
¡Oh día en que se vió Quito
llena de espanto y horror!
Ha de querer el Señor
que todo lo manda y puede,
que sin venganza no quede
tanto infame matador.

9.—Paréntesis de humorismo

Cuando la sangre del 2 de agosto estaba aún fresca en sus coágulos de infortunio, llegó a Quito don Carlos Montúfar, hijo del Presidente de la revolución, con el cargo de Comisionado Regio y la misión de pacificar la Audiencia. El agente del Rey organizó inmediatamente una Junta Superior de Gobierno presidida por el mismo Conde Ruiz de Castilla y cuya Vicepresidencia la ocupaba don Juan Pío Montúfar, ex-Presidente de la Junta Soberana.

Esta componenda hábil en favor de los insurgentes, no le gustó al Virrey Abascal del Perú y éste, sin que medie atribución alguna, nombró Presidente de Quito a don Joaquín Molina, quien tomó dirección hacia Cuenca con un respetable contingente de fuerzas armadas. Al saber esto, la Junta Superior de Gobierno dispuso que salga el mismo Carlos Montúfar, a la cabeza de un batallón, a contener y rechazar el arbitrario avance de Molina. El Comisionado Regio no alcanzó las victorias codiciadas y regresó a Quito, cuando

en el seno de la Junta Superior se quemaba la inquina entre dos bandos. De inmediato, el Jefe de las fuerzas revolucionarias fué destituido y reemplazado por el cubano Francisco Calderón, el que partió también al encuentro de Molina. El nuevo Jefe, al pasar por Latacunga, leyó esta satirilla:

Como al enemigo
no ha visto la cara
y de nunca verla
tiene confianza,
este cuerpo virgen
lleva en la casaca,
sobre cuello verde,
bordado de palmas.
Cargando alpargatas
se vuelven a Cuenca
para en la corrida
calzarse los pies.

Y cuando la anarquía adquirió gravedad para la causa de los independientes, el poeta festivo de Riobamba, don Juan Larrea, compuso —según se cree—, este “Canto lúgubre” de sátira y “buen humor”:

Ya no quiero insurrección,
porque he visto lo que pasa:
Yo juzgué que era melón
y había sido calabaza.

Juzgué que con reflexión
amor a la Patria había;
mas vi tanta picardía,
que no quiero insurrección.

Cada uno para su casa
todas las líneas tiraba.

No me engaño, me engañaba,
porque he visto lo que pasa.

De lejos, sin atención,
vi la flor, las hojas vi;
mas como no conocí,
yo juzgué que era melón.

Me acerqué más, vi la traza
de la planta, y el color,
probé el fruto, busqué olor,
y había sido calabaza.

Debe corresponder a esta misma época turbulenta y caótica de la revolución, el siguiente ovillejo, precursor de una democracia que odia los despotismos, sea cualquiera su procedencia:

¿Quién nos persigue y malquista?

El realista.

¿Quién nos infama y nos bota?

El patriota.

Hagamos de ellos pelota
y zumbémoslos al mar.

pues no se puede aguantar
ni al realista ni al patriota.

10.—La Constitución de Quito y la Constitución de España

Aunque sea al calor de la discordia, los insurgentes de Quito resolvieron estatuirse. Entre los proyectos de Constitución Política se rechazó uno de carácter monárquico que pretendía resucitar el Reino de Quito con un organismo criollo. Luego se aceptó, discutió y aprobó otro de estructura

republicana, inspirado en la doctrina de los enciclopedistas y en los derechos del hombre proclamados por la Revolución Francesa. Entonces la ojeriza realista sacó a luz su condenación en una serie de décimas, una de las cuales se desahoga así:

Dime, insurgente, ¿no es cierto
que con esa tu insolencia
juraste la Independencia
dando a Fernando por muerto?
¿Persiguiendo al descubierto
a todo el que se oponía
a tu infame alevosía?
¿No publicaste, traidor,
que sólo el pueblo es Señor,
con toda soberanía?

El realista de estos versos recuerda también la parte que el masonismo tuvo en la revolución emancipadora de Hispanoamérica. Quizá por su mente pasaron Bolívar y San Martín, ligados para su objeto a las logias masónicas de Europa. El poeta godo dice:

¿No es verdad que al Francmasón
has imitado en el todo,
haciendo siempre a su modo
Leyes y Constitución,
sin que entrase en tu facción
sino gente desalmada,
jugadores, botarates,
los ladrones y tunantes
y otros más de esta manada?

Poco tiempo después de expedida la Carta Política de Quito, llegó de España la consigna de jurar la Constitución expedida por las Cortes de Cádiz, con la intervención de españoles y americanos. Por más que dicho Estatuto democratizaba el gobierno monárquico y concedía algunas garantías a los hijos de Ultramar, en Quito se lo miró como una traba a la autonomía proclamada el 10 de Agosto. El testimonio de esta verdad traen estos versos de los patriotas:

Dizque han publicado
la Constitución;
dizque ya Fernando
no es solo el mandón.

Dizque somos libres
por Constitución;
dizque ha de mandar
siempre el chapetón.

Dizque ya los pueblos
son los soberanos,
menos los de acá
por americanos.

Eso de ser libres
parece muy bien,
menos que nos ponga
chapetón la ley.

Libertad solita
con independencia,
es cosa muy buena
en Dios y en conciencia.

Pueblos ilustrados
que sabéis de engaños,
buscad el remedio,
huid de los Marios.

Siempre que se os mande
por el chapetón,
no tendréis derechos
ni emancipación.

¿Qué alivio tenemos
con ese Prometeo,
si no lo alcanzamos
con nuestro desvicio?

¿Qué pecho han quitado?
¿Cuál es la ventaja?
De tantos impuestos,
¿ha habido rebaja?

Uno era el tirano,
ahora son doscientos:
esta es la ventaja
de los reglamentos.

Distantes las Cortes,
distantes los Reyes,
siempre han abusado,
no guardan las Leyes.

Así el chapetón
nunca dará almsbar,
y no hay más arbitrio
que estar con Bolívar.

En estas estrofas ya se puede advertir el pensamiento de la más completa emancipación y la fé que se tiene en la espada libertadora de Simón Bolívar. Y glosando el mismo tema de la Constitución española, son todavía más explícitas estas otras estrofas:

Ya América no se engaña,
pues de experiencia está llena:
la Constitución de España
no ha de ser cosa muy buena.

Con su papel y sus Reyes
que se avengan los hispanos:
nosotros queremos Leyes
hechas por americanos.

11.—¡Tente, Ramírez! ¡Este gallo ya no canta!

El Conde Ruiz de Castilla llegó a ser la clásica "figura decorativa" en el Gobierno de la Junta Superior, hasta cuando el pueblo quiteño se amotinó frente al Palacio, exigiendo el inmediato retiro del Presidente realista. La Junta así lo hizo, nombrándole en reemplazo al Obispo Cuero y Caicedo.

El anciano Ruiz de Castilla, con la vida en el hilo de la agresividad popular, se refugió en la Recoleta de la Merced, en donde —en ocasión próxima— se vió amenazado por los exaltados moradores del barrio de San Roque. Y tal vez hubiera muerto arrollado por la masa patriótica si las autoridades no optan por conducirlo preso a buen recaudo, aunque sin poder evitar la procesión escandalosa de la multitud que cargaba sobre el anciano el guijarro callejero y el dardo injurioso de la lengua.

Pero a los tres días murió el pobre preso, amargado por

los vejámenes y el irrespeto. Y no tardó en llegar su sucesor, el General Toribio Montes, militar de prestigio abultado que legalmente, en el orden realista, le sucedió al negligente Molina.

Montes sometió hábilmente a los revolucionarios, y a la vuelta de cinco años de gobierno cuasi pacífico, fué sustituido por el General Juan Ramírez (1817), quien arribó al mando con un pliego de amenazas contra los "perturbadores del orden". En verdad, las represalias por los sucesos pasados ibanse tornando exageradas y al fin provocaron la conjuración que preparó el doctor Ante y que no se llevó a término por denuncias adelantadas...

El Presidente no obtuvo fuerza de acusación y se contentó con las averiguaciones y, según se decía, el alistamiento de un plan siniestro para desaparecer al doctor Ante. Frente a tan terrible amenaza secreta, el representante del pueblo encargó a las esquinas madrugadoras de la urbe, nada menos que este recado:

Tente, Ramírez,
tente en tu silla,
no te suceda
lo que a Castilla.

△

Siguió a Ramírez el General Mourgeón. Este trajo más fama de venganza que aquél. Mas antes que la nueva autoridad propague sus sombras terroristas, la Ciudad Luz de América le entregó el dibujo de un gallo caricaturesco, que llevaba el siguiente letrero al pie:

Este gallo mucho espanta,
pero no canta...

Mourgeón comprendió la intención de la pulla, y, en un arranque de amenaza y buen humor, hizo agregar a la leyenda:

Luego cantará,
que los aterrorará...

12.—Doña Chinta, la costurera de la Bandera de Octubre

Desde la llegada de Montes, la revolución de Quito permaneció en letargo hasta cuando Guayaquil proclamó la suya el 9 de Octubre de 1820. Y para este día memorable, según atestiguan algunos historiadores, se tuvo preparada la Bandera de azul y blanco, muy parecida a la que paseaba San Martín en el Sur. Pero ese emblema, por lo que dicen los memoriales, lo arregló una costurera que llegó del Callao, en septiembre del mismo año. Era una viuda, especie de viuda alegre, pero de un entusiasmo sin igual por el buen éxito de la revolución de Guayaquil. Se llamaba **Chinta Mora**.

La Bandera de Octubre, de doña Chinta, se presentó al público patriota, con el texto de esta décima que pone de relieve la esperanza inmediata de los guayaquileños:

Cesaron los malos tratos
de este Guayaquil querido,
que al fin nos hemos unido
para salir de los godos.
Cayeron de varios modos,
como pérfidos ilotas
aumentaron sus derrotas,
y ya en Quito tendrán fin,
porque viene San Martín
a ayudar a los patriotas.

13.—La primera Canción de Octubre

Antes que el Poeta José Joaquín Olmedo componga su Canción al Nueve de Octubre, para celebrar en el coro armonioso el primer aniversario de su gesta, el bardo popular entonó sus ¡Albricias!, quizás cuando las primeras fuerzas libertadoras del Puerto ascendían hacia la Sierra para liberar a Quito. La canción primogénita es ésta:

¡Albricias! albricias!
patriotas amados,
que van siendo libres
los americanos!

¡Albricias, señores!
¡Feliz insurgente!
¡Felicísimo año
de ochocientos veinte!
Llegará por fin
el tiempo esperado
en que el insurgente
ya no será esclavo.

Bendigamos todos
humildes al Cielo,
porque ha bendecido
nuestro patrio suelo.

Bendito sea Dios
que sacudiremos
el pesado yugo
de aquellos infiernos.

¡Ah, dichosos pueblos
con Constitución,

y sin que ya os mande
nunca el chapetón!

¡Ay, pobres realistas,
hermosos borricos,
que a costa del pobre
se volvieron ricos!

Ya no hay más ancheta
para su ambición,
porque ya el realista
no será el mandón.

14.—¡Ya vienen San Martín y Bolívar!

Mientras los revolucionarios de Guayaquil se batían con sus propias fuerzas por la causa de la Libertad, las ayudas de San Martín y Bolívar convergían al teatro de la guerra de los octubrinós. Entonces éstos cantaban una exortación de positivas esperanzas:

Ya viene, pues, San Martín
desatando las cadenas
conque nos aprisionaban,
sumergiéndonos en penas.

Ya viene nuestro Bolívar
con su tropa generosa,
para que ya terminemos
nuestra libertad gloriosa.

Pero como las fuerzas de ambos libertadores eran fuerzas de la Patria, con el derecho de propiedad, agregaban:

Ya vienen, pues, nuestras tropas
clamando con potestad:

“¡Que muera la dependencia!
¡Que viva la libertad!”

15.—¡Que viva el Cura Loyola!

El buen ejemplo de Guayaquil abrió los botones de la Revolución en varios lugares de la ex-Presidencia de Quito. Cuenca proclamó su independencia el 4 de Noviembre de ese año de gracia (1820). Después de este hecho de la imperiosa colaboración, los patriotas morlacos se vieron gravemente amenazados por las armas del Rey, hasta el caso de disponerse en camino de la retirada, y esto hubiera ocurrido si a tiempo no llegaba el Presbítero Javier Loyola, a la cabeza de un gran refuerzo de hombres armados que tomaron posesión de la plaza. Tan oportuno y glorioso triunfo se celebró con la tonada de una copla en loanza del corifeo de la libertad azuaya:

¡Qué viva el Cura Loyola!
¡Qué viva la Libertad!
¡Abajo los chapetones!
¡Abajo su terquedad!

16.—Guerra de ojos

Los refuerzos de las tropas granadinas que venían de triunfar en el norte y avanzaban con paso de vencedores a la victoria de Pichincha, en la mochila de su lírica llevaban sus cantares que juntaban los sonos de la epopeya, al verse asaltados o correspondidos por las miradas de las bellas admiradoras de la “marcha triunfal”, disparaban —galantes y comedidos— piropos de este estilo:

En Carabobo yo he sido
vencedor, y en Palacé;

pero me siento vencido
por los ojitos de usted.

Después de la batalla de Pichincha que selló nuestra libertad el 24 de Mayo de 1822, gracias a la pericia de Sucre y a la ayuda del Libertador Bolívar, las tropas de Colombia se dedicaron al descanso y a la conquista de amores, pasando por la "guerra de ojos" que abre paso a los acercamientos. Los más favorecidos en esta otra clase de victorias fueron los soldados rasos, cabos y sargentos, porque se vieron correspondidos de las **chinitas**, es decir, de las mujeres de la servidumbre que hasta hoy se entregan abiertamente a los hombres comunes de la Guardia Civil. Pero entonces se compuso este testimonio en una cuarteta dialogada:

—Dime, **china** bonita

¿quién te mantiene?

—Las tropas de Colombia
que van y vienen.

En verdad, las tropas colombianas, compuestas de venezolanos y granadinos, iban y venían en conjuntos incesantes. Y esos pobres soldados, mal trajeados, sin camisas ni levitones, entraban y salían de la ciudad, descalzos o con alpargatas. Para ellos, la "sal quiteña" compuso esta copla:

Los diablos en el infierno
se están muriendo de risa,
al ver a los colombianos
con casaca y sin camisa.

IV

RECADOS GRANCOLOMBIANOS

1.—Dos joyas de Bolívar

El Libertador Simón Bolívar, creador de la Gran Colombia en homenaje al descubridor de América, tuvo dos grandes pasiones entre los pliegues del ideal mayor: el amor loco a las mujeres hermosas y el amor a los caballos que otroramerecieron la estima de Alejandro y el Cid Campeador.

Por donde iba el Libertador, las multitudes agradecidas y entusiasmadas le ofrecían caballos ensillados con estribos y frenos de plata, hebillas de oro y aderezos de fina talabartería. Y en todas partes, las coronas de laurel cayeron sobre sus sienes de manos de las hijas de Venus.

Cuando llegó a los alrededores de Quito, el 16 de junio de aquel año memorable de 1822, los quiteños le obsequiaron un hermoso corcel llamado **Pastor**, y jinete en esta gran bestia, entró en la urbe de los Shyris, en donde recibió la corona de la Manuelita que debía llamarse la Libertadora del Libertador.

Por el apego de Bolívar a las mujeres bellas y a los ca-

ballos de estampa heroica, se hizo muy popular esta estrofa que se cantó en Bogotá y el Socorro, en Bucaramanga y en Quito:

Mi General Bolívar tiene en la boca
un clavel encarnado que me provoca.
Mi General Bolívar tiene un caballo
que al entrar en pelea parece un rayo...

2.—Cantares de los desengaños

Después de la emancipación de nuestra Patria y su anexión a la Gran Colombia, dos cosas extrañaron a los libertados: la carga de impuestos gravados para remediar la crisis de la guerra y los abusos que cometían los soldados ya como mandones o ya como desocupados. Por estas causas, a los pocos días de la victoria de Pichincha, se leía en las paredes de Quito o se oía en los labios de los patriotas desengañados, este dístico paradójal:

Ultimo día de despotismo
y primero de lo mismo.

O este otro:

¡Lo mismo en tiempos del rey
que en los nuevos de la ley!

Y como en un arranque de despecho, se decía en una copla:

Me voy a España ahora mismo
a ser puesto en la picota,
por no ver el despotismo
de tanto pseudo-patriota.

En esta ocasión los cantores populares glosaban iguales pareceres:

¡Qué hermosa es la libertad
con orden y buena ley;
pero si trae maldad
es peor que tener rey.

Tiranos fueron los godos,
los patriotas son lo mismo,
y de unos y de otros modos
la Patria está en un abismo.

Después de habernos librado
de los godos opresores,
los mismos libertadores
en déspotas se han cambiado.

De estas acusaciones no se escapó ni el mismo Libertador. Una redondilla venezolana llegó hasta nosotros con este amargo recado:

Bolívar tumbó a los godos
y desde aquel aciago día,
por un tirano que había
se hicieron tiranos todos.

3.—Disparos del Sur contra Bolívar y Sucre

No eran únicamente grancolombianos los que dispararon la diatriba contra sus libertadores, al empuje de los desengaños surgidos a consecuencia de una crisis fatal de postguerra. También en el Perú, cuando se quiso deshacerse del gobierno del General Bolívar, se dijo cosas graves

contra su libertador. Se atribuye al Presbítero José Joaquín Larriva, antes fervoroso apologista de "Don Simón", esta décima injuriosa:

Cuando de España las trabas
en Ayacucho rompimos,
otra cosa no hicimos
que cambiar moco por babas.
Nuestras provincias, esclavas
quedaron de otra nación,
mudamos de condición
pero fué sólo pasando
del poder de Don Fernando
al poder de Don Simón.

△

En 1827 ya fué más grave la agresividad de los sureños contra sus libertadores de la Gran Colombia. Y cuando Sucre se negó a aceptar la Presidencia vitalicia de Bolivia, prometiendo dejar el Poder en el año siguiente, los altoperuanos hicieron bocado común esta cuarteta:

Sucre el año veintiocho
irse a su patria promete,
cómo permitiera Dios
que se fuera el veintisiete.

4.—Hombredad de los veteranos de Portete

El Gran Mariscal de Ayacucho dejó la primera Magistratura de Bolivia y volvió a Quito para juntarse con su mujer. Pero pronto tuvo que interrumpir su reposo y su luna de miel, para marcharse al frente, a combatir a las fuerzas

peruanas que se rebelaron contra sus libertadores. Entró en auge la campaña del Portete. No obstante, el amor entre los veteranos de la guerra y sus prometidas de las naciones contendoras, quedó únicamente en suspenso. Así lo revela esta copla que, sin duda, brotó de la fuente de algún soldado grancolombiano que estuvo en la campaña de Junín, animado por la peruanidad afectiva de su Dulcinea:

Es mi amor tan peruano...
Desde luego te promete
adoración, cuando acabe
la campaña del Portete.

La campaña del Portete entregó la victoria al General Antonio José de Sucre. El Jefe de los vencidos fué, en razón de circunstancias, un ecuatoriano que presidía el Gobierno del Perú, el General José de Lamar, hijo de Cuenca. Y como para éste y su hermandad política, Colombia representa a la mujer y Perú al hombre, por las ventajas gramaticales, el contrapunteo grancolombiano siguió a la victoria como remate triunfador de positiva hombridad. Así lo dice la décima que sigue, escrita en Quito y achacada al doctor Fidel Quijano:

Equivocado Lamar
creyó que Colombia era
mujer a quien se pudiera
fácilmente derrotar;
pero al enemigo dar
supo ella tal revolcón,
que por fuerza o por razón
todo el mundo hubo de ver
que era el Perú la mujer
y Colombia era el varón.

5.—Cosas y cositas de la época

Tanto en Quito como en Guayaquil y otras ciudades del Distrito del Sur, la época grancolombiana alternó sátiras políticas con los recados del buen humor. Para la broma, el "alza que te han visto" se puso de moda, y en tabernas y juergas de todo color y sabor, se cantaba:

¡Alza! que te han visto,
no te han visto nada;
apenas te han visto
la **nagua** bordada.

Una parodia de este cantar, allá por el año de 1826, asomó en Guayaquil alusivamente, concretándose a un personaje del lugar:

¡Alza que te han visto
por el Malecón,
yendo de brace
con ño Miguelón.
Alza que te embiste
el toro rabón!

Por el mismo tiempo se hallaba confinado en Guayaquil el Padre Barba de la Orden Mercedaria. Allí se supo que su confinio obedecía al quebrantamiento de la castidad. Pero, de tiempo en tiempo, no dejaba de visitar su casita de Quito, con el permiso de las autoridades eclesiásticas competentes. De allí le vino esta canción porteña:

El P. Barba
que anda por aquí,
come en Quito, mucha

carne con ají.
Bebe chocolate
con hartó maní,
y tiene una **huambra**
de pitiminí.

El virtuoso Padre
tiene una casita,
donde en Quito esconde
su barraganita;
a las cuatro entra
y sale a las diez.
¡Es el Padre Barba
mano de almirez!

6.—Por la muerte del Libertador

La Gran Colombia llegó a su fin decapitada por las ambiciones de los mismos capitanes de Bolívar. Denunciando que "había arado en el mar", el Libertador murió en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830. Ante la muerte, mueren los resentimientos de los pechos nobles, y el pueblo más noble que nadie para el reconocimiento de los bieens que recibe, colgó de su garganta esta canción:

Ya Bolívar no existe en la tierra,
él habita en la sacra mansión;
él nos deja de luto cubiertos,
y anegados en llanto y dolor.

Tres Repúblicas lloran la muerte
del guerrero que vida les dió;
por doquiera sus hijos amados
le dan pruebas constantes de amor.

¡Oh Bolívar! Bolívar querido
vuestra muerte nos llena de horror!
Cuando el pueblo tu nombre aclamaba,
tú te ausentas a eterna mansión.

V

RECADOS DE LA REPUBLICA

Primera Parte

1.—Los primeros Congresos

Es cosa sabida, como un espejo de los tiempos, que después del triunfo de la causa emancipadora, los realistas o monárquicos se juntaron a los libertadores, para "servir" a la República. Y no pocos de ellos estuvieron en la Legislatura como "representantes del pueblo", porque así "convenía" a nuestra incipiente democracia. Pero los quiteños que se situaban fuera de las componendas políticas, pusieron en los versos su ironía peculiar:

A nadie, pues, ha agraviado
nuestra Junta Electoral,
que de godos y patriotas
eligió número igual.

Quiteños, esto sí es bueno,
ved brillar ya la igualdad;

mirad que a los enemigos
así se debe premiar.

Otro lado flaco que censuró el pueblo quiteño de aquellos tiempos fué, sin duda, la mala calidad de muchos representantes, entre los cuales habían ecuatorianos y extranjeros de la disuelta Gran Colombia. Y para ellos, confundidos entre godos y patriotas, se compusieron estas estrofas satíricas:

Con sólo ser congresistas
se hacen sabios los borricos,
y santos los más bribones,
sean de aquí o advenedizos.

De ellos muchos ayer fueron
o nada o godos convictos,
y ahora aseguran que son
patriotas muy decididos.

La Patria les ha franqueado
la puerta de los destinos,
y aquí está todo el secreto
de cambio tan repentino.

2.—El Gobierno y el soldado

La nueva vida del Estado ecuatoriano comenzó amenazada por el militarismo y las revoluciones. El primer Gobierno del General Juan José Flores tuvo que balancearse, sobre todo, ante la embestida de los "chihuahuas". Y en uno de esos trances de volcamiento político debió aparecer esta "Proclama de N.N. a sus compatriotas":

Paisanos, no es bufonada,
es cierto lo sucedido:
nuestros toros han servido
para darnos la cornada.
No es sabrosa la tajada,
mas yo no hago caso de eso;
que no es éste el primer hueso
ni es el último bocado:
otros muchos he tragado
por confiado en mi pescuezo.

Yo digiero fácilmente
toda clase de ensaladas;
no me duelen bofetadas,
nada temo de la gente.
Para ustedes no es decente
tal vez esta contradanza
y una tan pronta mudanza
del Gobierno en propiedad,
pues si he de decir la verdad,
más duró el de Sancho Panza.

El Gobierno del General Flores se sostenía sobre las bayonetas, y en los cuarteles se sostenía a los soldados que antes pelearon por la independencia, sin abandonar la disciplina del calabozo y del azote. De esas circunstancias, algún soldado se retrató en esta cuarteta:

A mí me gusta ser libre,
y por ser libre he peleado;
en pago en este cuartel
me tienen preso y fregado.

3.—El Cantor de Miñarica

La primera grande oposición contra Flores se inició en 1833, cuando Rocafuerte entró en acción a la cabeza de los chihuahuas. Mas a poco el cabecilla cayó prisionero, se reconcilió con el Presidente y en aras de un convenio contribuyó a la reducción de las tropas rebeldes.

Al influjo de esta maniobra política, Flores libró una matanza espantosa en Miñarica, vanagloriándose de tan "espléndido triunfo". Empero, el poeta José Joaquín Olmedo creyó que esa sangre derramada inmisericordemente iba a ser el preludio de la paz tan codiciada por él y cantó "Al vencedor de Miñarica", en una oda que tiene cierta primacía entre las mejores composiciones del Píndaro de América.

Peró el canto al General Flores no gustó a un gran sector de la ciudadanía ecuatoriana, y en gesto de reproche al cantor de esa masacre, la cuarteta epigramática llegó a la encordadura de las guitarras con la agudeza que es el fiel reflejo de una época:

El cantor de Miñarica
es como el cantor de antaño,
que cantó al hambriento lobo
que devoró su rebaño.

4.—Sones doloridos del pueblo cuencano

Rocafuerte gobernó de 1835 a 1839. Luego entregó el Poder al mismo General Flores, quien tuvo que hacer frente a una situación internacional difícil. El Gobierno de Nueva Granada, al verse envuelto o sitiado por la revolución de Obando, solicitó la ayuda ecuatoriana a condición de devolvernos la provincia de Pasto. En efecto, nuestro Presidente

acudió con más de mil hombres, luchó valientemente, triunfó y nada obtuvo de la oferta.

Para marchar a la guerra de Pasto (1840), el General Flores recogió gente de las guarniciones de todas las provincias del Ecuador. De la ciudad de Cuenca salió, por tanto, su contingente, uno de cuyos soldados debió haber llorado antes de la partida, al son de este cantar:

Dicen que el agua del río
desde el Vado para abajo
está amarga, y razón tiene
con lo que he llorado tanto.

En la misma ocasión y en igual circunstancia, otro soldado cuencano que sabía de versos y de música, compuso este yaraví para su despedida:

¡Adiós, agua dulce
de San Sebastián,
otros más felices
de ti gozarán!

¡Adiós, Cruz del Vado,
donde me sentaba
por ver si mi dueño
por allí pasaba!

¡Adiós, padre y madre,
hijos y mujer!
Si acaso no muero
os volveré a ver;

pero si yo muero,
rezaréis por mí,
después de cantar
este yaraví.

5.—El Gobierno Provisorio de Don Gabriel

El General Juan José Flores quiso perpetuarse en el Poder y por su empecinada ambición de mando cayó vencido por las armas de la revolución del 6 de marzo de 1845. A continuación pasaron por la Presidencia de la República don Vicente Ramón Roca, don Manuel de Ascázubi, don Diego Noboa, el General José María Urbina y el General Francisco Robles. En la administración de este último sobrevino el caos nacional por el rompimiento de las relaciones diplomáticas con el Perú y porque se dijo que el Gobierno pretendía vender las Islas de Galápagos a los Estados Unidos de Norteamérica.

La anarquía política se agravó en el país cuando el Presidente Castilla del Perú declaró al Congreso Extraordinario del Ecuador que depondría su actitud belicosa si se derrocaba al Gobierno del Presidente Robles. Y después de una serie de acontecimientos poco o nada decorosos, el Gobierno de Robles fué sustituido por un Triunvirato que presidía el doctor Gabriel García Moreno, principal agitador de la oposición en el Congreso. Luego él mismo fué nombrado Director de Guerra y en calidad de tal partió inmediatamente al encuentro del General Urbina que se aproximaba a San Miguel de Bolívar con 1.500 hombres leales al régimen depuesto. En Tumbaco se avistaron las fuerzas contendoras y García Moreno recibió la derrota.

Las tropas vencidas comprendieron que el triunfo leal de Tumbaco era fruto de la pericia del General veterano y de la impericia del Director Supremo de la Guerra del Gobierno Provisional. Por eso se dieron a cantar esta copla:

El Gobierno Provisorio
a la guerra nos mandó
y en la loma de Tumbuco
taita Urbina nos fregó.

Urbina persiguió a los vencidos sin desmayar, y tomó la ciudad de Quito, y obligó a capitular en San Vicente de Ibarra a los defensores del Gobierno Provisional. Mas poco antes que esto ocurra, los soldados del batallón "Pichincha" que defendían al Triunvirato, cantaban esta lección de táctica devota:

Tiradores del Pichincha
avancen de dos en dos,
y antes del fuego graneado
pidan la ayuda de Dios.

6.—¡Abajo el Manco León!

Poco tiempo después se restableció el Gobierno Triunviral; mientras tanto en Guayaquil se había proclamado Jefe Supremo el General Guillermo Franco, hombre ambicioso y de entrañas traidoras a la Patria. Este nuevo Dictador, cual si fuera dueño del país, cedió el Oriente Ecuatoriano al Perú, a cambio de armas y municiones para combatir al Gobierno Provisional. Y ya sintiéndose fuerte para la guerra, despachó sus tropas hacia la Sierra, al mando del Comandante José Matías León. García Moreno las esperó en la misma zona de San Miguel de Bolívar, y las ventajas se pusieron de su lado. Sus soldados, optimistas, cantaban a la manquedad del Jefe vencido, presagiando la caída de Franco:

¡Qué vivan los provisorios!
¡Abajo el Manco León!
Ya no ha de haber Tumbuco,
ni Franco ha de ser mandón.

7.—Cantares de los provisorios

Las luchas entre provisorios y franquistas no dejaron de

ser encarnizadas. De parte y parte cometían abusos, reclutando gente y haciendo el desconcierto en los hogares humildes principalmente. Y de uno de esos reclutas brotó este cantar a flor de labios:

¡Ay ay ay! qué suerte mía!
de recluta me han cogido!
Voy a morir en la guerra:
¡Adiós mujer, adiós hijos!

De repente las agudezas de los reclutas daban coplas como éstas:

Si me mandan a la guerra,
la ventaja ha de quedarme
de que nadie tendrá el gusto
de volver a reclutarme.

Con consuelo o desconsuelo, con esperanza o sin ella, los reclutas tenían que marchar a la guerra. Y en esos casos decíase, al fin, resueltamente:

Los señores provisorios
nos mandan a la pelea.
Armas al hombro y marchemos,
pues ya tocan la corneta...

Cuando los reclutas eran casados, a veces los seguían sus esposas, y cuando eran solteros, comunmente llevaban una concubina o **tropeña**, como era costumbre llamarla. Por el destino o la suerte de estas mujeres llegó a la guitarra este cantar:

Pobre mujer del soldado,
mucho lástima me dais:

él se va para la guerra
y vos siguiendo le vais.

De todas maneras la vida del soldado en campaña era vida de intemperie. De ahí vino esta confesión:

Mi cobija una jerguita;
mi colchón el santo suelo;
mi almohada la cartuchera:
¡qué rigor, hermoso cielo!

Algunos soldados iban a la guerra encomendándose a las imágenes sagradas de su devoción. Tradicionalmente era preferida la Virgen del Quinche, y en su nombre se animaba cualquier esperanza para la vuelta. La copla que sigue es un cuadro de esa fé:

Pues si a la Virgen del Quinche
por ti encomendando estoy,
no llores, vida de mi alma,
porque a la guerra me voy.

De la misma época parece esta despedida del amante:

Amor, me voy a la guerra
con mi valiente escuadrón;
si no vuelvo, de seguro
tu pobre cholo murió.

La guerra entre provisorios y franquistas tenía que terminar, y terminó. Las tropas serranas dirigidas por García Moreno y el General Flores, por el lado del Estero Salado tomaron la ciudad de Guayaquil que estuviera ocupada por las fuerzas franquistas y las peruanas de Castilla. Este triunfo hizo cantar a los hijos del Altiplano:

Ya pasamos el Salado,
ya estamos en Guayaquil.
¡Viva la tropa serrana!
Cuatro valemós por mil.

Y para no dejar desadvertida la intromisión peruana, vueltos a la Sierra, los soldados cantaban:

Sabrán ustedes, señores,
lo que pasó en **Tierra-abajo**:
el peruano entrometido
también nos echó balazos.

Tras la toma de Guayaquil, la Asamblea Nacional se reunió en Quito y eligió a García Moreno para Presidente de la República en el período de 1861 a 1865.

8.—Cosas de liberales y conservadores, “puendos” y “cachiporras”

García Moreno lavó con sangre la traición a la Patria del General Guillermo Franco. Pero otro llo de contornos internacionales estuvo muy cerca. Dos años después se desencadenó una guerra civil en Colombia, entre las fuerzas conservadoras del General Julio Arboleda y las liberales del General Tomás Cipriano Mosquera. Pues las primeras, en una retirada, atropellaron la frontera ecuatoriana y nuestro Presidente García, no satisfecho con las explicaciones del Gobierno colombiano, se fue a las armas. Personalmente dirigió las batallas y sufrió el desastre final en las inmediaciones de Tulcán.

Pese a la derrota de la tropa ecuatoriana, los soldados tulcanenses dieron pruebas de personal valentía y con orgullo de estirpe de bravos, cantaban su cuarteta:

Aunque me vengan mil muertes
en mi puesto me verán,
porque el honor vale mucho
para un bravo de Tulcán.



A la vuelta de un año se encontraba ya el General Mosquera en el Gobierno de Colombia, con fama de liberal y deseoso de restablecer la Gran Colombia. Bajo este aspecto tuvo entendimientos con el ex-Presidente Urbina que se hallaba desterrado en el Perú. García Moreno creyó de su deber repeler a las pretensiones del Gobierno liberal de Colombia, y en nombre de la Patria y la Religión, se fue a la guerra contra él; mas la suerte le fué adversa también esta vez.

De esa contienda que para los ecuatorianos de entonces significaba defensa de Patria y credo religioso, quedó a la posteridad este cantar:

Señores, voy a la guerra
con mi valiente escuadrón,
en defensa de mi tierra
y mi santa religión.

La derrota de García Moreno, en esta guerra, la recibió en Cuaspud. Las tropas ecuatorianas no estaban conformes con la superioridad del vencedor, y en la copla declaraban:

En Cuaspud le dió la suerte
la victoria a **Mascachochas**;
a la suerte que agradezca
y no al valor de sus tropas.

Aún más, se burlaban de los soldados colombianos, recu-

riendo a los apodos de ambas partes y a la semidesnudez de los enemigos

En los llanos de Cuaspud
donde fué la escaramuza,
los **cachiporras** gritaban:
puendito dame tu blusa.

Pero desde entonces los soldados que decían pelear por Patria y Religión, unían el honor al partido político instituido por García Moreno, para entonar este credo:

El soldado ecuatoriano
tiene Dios, Patria y honor,
y se llama con orgullo
soldado conservador.

9.—Los leales de Borrero

El machete de Rayo puso a García Moreno en el sepulcro. Antonio Borrero alcanzó el Poder por la votación popular; mas como su gobierno no pudo desligarse del garcianismo, por "respeto a las leyes", pronto fué depuesto por la revolución de Veintemilla, Comandante General del Distrito del Guayas. Y precisamente por esta circunstancia, el Jefe Supremo fué calificado de "traidor" por los leales, y como tal pasó por los cantares.

Pero el definitivo derrocamiento de Borrero se llevó a cabo después de un período de luchas entre las fuerzas del Gobierno Constitucional y las tropas revolucionarias. Pues el pronunciamiento se produjo el 8 de septiembre de 1876, en Guayaquil, y solamente el 26 de diciembre de ese año pudo Veintemilla entrar en Quito.

Mientras tanto, las tropas leales que salían al encuentro de las rebeldes, por boca de cada soldado iban cantando:

Ya me mandan a la guerra
a pelear por el Gobierno:
cholas preparen los ojos
para llorar por el muerto.

Desde luego algún guerrero, entre pacifista y metafórico, decía:

No me gusta ser soldado
ni a mi prójimo matar,
ni que una **pepa** caliente
me venga frío a dejar.

Antes de la toma de Quito, las armas dictatoriales tuvieron dos triunfos simultáneos: uno en Galte y otro en Los Molinos. En la segunda de las batallas nombradas, intervino personalmente Veintemilla, apodado "El Mudo", quien perdió su mula en la contienda.

De esta guerra en las inmediaciones de la ciudad de Guaranda, un romance refiere lo siguiente:

Más de dos mil veteranos
vinieron con el traidor;
la "Columna Veintemilla"
era entre ellos lo mejor.

Porque era, desde su jefe,
de valientes sin cuartel,
de Chimbo guapos muchachos,
de Guaranda y San Miguel.

De la gente del gobierno
todos sintieron desmayos;
sólo quedamos nosotros
con unos pocos azuayos.

A buscar al enemigo
salimos por Conventillo
sólo ochenta guarandefios
con el Coronel Badillo.

El valiente José Silva
primero el fuego rompió,
y en vez de matar al Mudo
sólo a la mula mató.

Una descarga cerrada
el enemigo lanzó,
y un aguacero de balas
sobre nosotros cayó.

La "Columna Veintemilla"
a la vanguardia salió,
y, a pesar de nuestro fuego,
el ancho río vadeó.

El combate fué terrible,
porque entre hermanos peleamos;
pero siendo tan poquitos,
al cabo nos retiramos.

A unirnos con los de Galte
emprendimos el camino;
mas supimos por la posta
su lamentable destino.

Los forasteros vencedores que arribaron a la ciudad de Guaranda, quisieron hacer aquí sus conquistas amorosas, como hacían los soldados de la independencia al ceñirse sus laureles. Pero esta vez los hombres del vencimiento llegaban manchados de sangre fratricida, acusados de "traidores" e increpados de "cobardes", porque se les daba el triunfo más que a la valentía de la "Columna Veintemilla", a la superioridad numérica del contingente. Así no fueron acariciados por el amor, tan pródigo en esa tierra de chiquillas hermosas e idólatras del forastero. Esta canción es el reflejo de esta otra batalla en trances de derrota para el amador:

Si no sabes, amorcito,
cuánto amor mi pecho encierra,
anda busca si hay igual
desde el Carchi hasta mi tierra.

Mas que sepas es preciso
que amor una guarandefia
no consagra a los traidores,
y que al cobarde desdeña.

En tanto los dictatoriales celebraban el triunfo de Los Molinos con sus partidarios de Guaranda, los gobiernistas lamentaban la derrota de Galte, al tenor de este cantar:

En Galte ¡ay dolor! vencieron
la traición y la maldad;
allí sepultados fueron
la patria y la libertad.

Pero ¿qué decían los versos guitarreros de entonces acerca del Presidente Borrero? Al principio, lo siguiente:

Al Presidente Borrero
le han metido en la prisión;
la libertad le han quitado,
no el honor ni el corazón.

¿Y después?

Adiós, Borrero de mi alma,
ya tu gobierno finó;
de tus tropas no te quejes,
sino de quien las mandó.

Cuestión casi corriente ha sido, en nuestras guerras civiles, acusar a los jefes por las derrotas, poniendo en salvo la valentía de los veteranos de las tropas. Y estos reparos o reproches han surgido de los mismos soldados, como se puede colegir de estas coplas:

Cuando empiezan los balazos,
capitancito al zaguán;
pero para dar planazos,
¡qué valiente capitán!

Con el plín plín de las balas
mi coronel se murió;
pero al tocar las dianas
glorioso resucitó.

△

Veintemilla entró en la Capital de la República en medio de una alarma clerical, porque se decía que el nuevo Jefe del Estado era declarado "enemigo de la religión del pueblo". Y contraviniendo a las órdenes del Jefe Supremo, se hicieron procesiones al son de este canto piadoso:

¡Pésame Dios mío!
de haberte ofendido;
¡por tu sangre y muerte!
¡¡perdón Jesús mío!!!

En ayuda de los católicos insurgentes venía desde Colombia el General Manuel Santiago Yépez, llegando a alternarse el canto religioso con este otro cantar en loanza del protector:

Ya viene el General Yépez
desde Imbabura y Tulcán,
con sus bravos voluntarios
a darnos la libertad.

Efectivamente el General Yépez llegó a Quito; mas en vano sus tropas se atrincheraron en las torres de la Merced y el Convento de la Compañía de Jesús, porque la derrota se apoderó de ellas. Veintemilla cantó el triunfo en toda la extensión de la República.

10.—Una promesa de los restauradores

La Convención Nacional de 1878 nombró Presidente de la República al Dictador Veintemilla y este Gobierno se afianzó en las bayonetas de sus tauras. Mas estando para terminarse el período presidencial, Veintemilla volvió a proclamarse Jefe Supremo (1882). Ante tan descomunal alevosía, la protesta sumó a liberales y conservadores, y se alzó unánime con el nombre abanderado de "Restauración".

Los restauradores tenían la firme esperanza del triunfo. Creían que era llegada la ocasión de reivindicar a la Patria, azotada por cincuenta revoluciones en cincuenta años de vida autónoma.

La copla alusiva y prometedora, surgió entonces como una bandera de la Restauración:

Cincuenta revoluciones
en cincuenta años tenemos;
como no han sido bien hechas
hasta acertar las haremos.

Y a tanto llegó el odio a la soldadesca abusiva del Dictador, que los civiles querían hacerse soldados para matar tauras y cachudos de las huestes enemigas.

El cantar apasionado y rencoroso, decía así:

Sólo por matar **cachudos**
soldado me quiero hacer,
y soy capaz de juntarme
con el mismo Lucifer.

11.—Cantares restauradores del Centro

Mientras Eloy Alfaro combatía por la Restauración en la Costa, en la Sierra dirigían la guerra de la manera siguiente: José María Sarasti, en el Centro; Ezequiel Landázuri, en el Norte, y Francisco Javier Salazar, en el Sur.

Sarasti tenía su centro de operaciones en el valle del Patate, junto a sus haciendas y sus familiares. De aquí salió al encuentro del enemigo que avanzaba desde Babahoyo. Sus tropas vencieron a las dictatoriales en San Andrés, lo que, en ebullición de optimismo, fructificó la cuarteta del romance:

Los valientes de Sarasti
vencieron en San Andrés;
esto de la dictadura
ya no ha de durar ni un mes.

La guerra, en verdad, duró varios meses. Pero la esperanza del triunfo y la fé en sus dirigentes, alimentaban a los restauradores. Sarasti era esperado por sus partidarios como un diminuto mesías:

Ya viene el doctor Sarasti
con su fama y su valor,
a pelear con los soldados
del maldito Dictador.

La fama de Sarasti estaba unida a la del batallón que él organizó con el nombre de "Escuadrón Sagrado", para iniciar la campaña. Los mismos soldados del "cuerpo sagrado" se vanagloriaban al compás de estos versos:

Con el "Escuadrón Sagrado"
no hay Dictadura que valga:
que venga toda su tropa
y a nuestro encuentro que salga.

En Chambo se desvaneció la confianza en las tropas restauradoras del Centro. Las fuerzas de Sarasti sufrieron un descalabro que obligaron al duelo nacional. Y hubiera cesado la contienda, si los restauradores de Quito no hubieran alimentado el empeño. Y así Sarasti volvió a pelear con los 900 hombres que comandaba el coronel pillareño Luis Fernando Ortega. En Quero obtuvo otra ventaja, a la par que sus soldados ironizaban a este tenor:

Díganos, señor Ortega,
¿qué es lo que le ha sucedido?
Con su tropa bien armada
¿por qué no se ha defendido?

El que quiso afianzar
sus charreteras en Quero,
apenas oyó los tiros
para correr fué el primero.

Díganos, mi coronel,
ya que Ud. es tan bragado,
¿por qué ha corrido de Quero
como si fuera un venado?

12.—Cantares restauradores del Sur

Al mando del General Salazar, la expedición del Sur avanzó desde Loja. Luchó en el valle del Paute contra las tropas dictatoriales que comandaba el General José María Pesantes. Los fuegos de éste fueron burlados por los restauradores, llegando a bromearse el caso en esta copla:

Es tanta la valentía
de mi general Pesantes,
que ha destrozado a balazos
todas las peras del Paute.

De paso hacia el norte, las tropas sureñas vencieron la resistencia gobiernista del señor Hermida, en la sección de Cañar. Hermida perdió en la contienda la pierna y el armamento de su tropa. De ahí esta comunicación:

Dígame, señor Hermida
¿qué es lo que le ha sucedido?
Con sus bravos cañarejos
pierna y bagaje ha perdido.

13.—Cantares restauradores del Norte

Las tropas restauradores del Sur se unieron a las del Centro y marcharon hacia Quito. A su vez las del Norte tomaron igual dirección, con Landázuri, no sin lamentar la derrota del General Rafael Barriga en Tabacundo, el 31 de diciembre de 1882. Este último jefe restaurador, a la cabeza del batallón "Número Segundo", no se desalentó de ningún modo, y sus escuadras optimistas saludaban al nuevo año:

Ya pasamos la quebrada
del famoso Tabacundo,
derramando fuego y sangre:
¡Viva el "Número Segundo"!

La ciudad de Quito fué sitiada por los revolucionarios de la Restauración. La más tremenda batalla se libró en plena urbe el 10 de enero. A la cabeza de las fuerzas del Gobierno dictatorial luchó la valiente y sin par Marietta de Veintemilla, sobrina del Dictador, llamada desde entonces "la Generala".

En esta contienda, desfavorable a la Dictadura, jugaron gran papel los "Tiradores del Norte", cuerpo integrado principalmente por dictatoriales de Tulcán, de quienes se cuenta que en el fragor de la batalla solían recordar su copla:

Aunque me vengan mil muertes
en mi puesto me verán,
porque el honor vale mucho
para un bravo de Tulcán.

A la usanza de la época, después de la batalla, vencedores y vencidos se entregaron al saqueo; pero los versos acusaron solamente a los segundos, principalmente a los "Tiradores del Norte":

Tiradores del Norte
de ña Marietta,
más tiraron las uñas
que la escopeta.

Tiradores del Norte,
las armas dejen,
y en las tiendas las uñas
más bien manejen.

14.—Cantares restauradores de la Costa

Una vez tomada la Capital de la República y con ella, toda la Sierra ecuatoriana, los contingentes restauradores acudieron a la rendición de la Costa y la toma de Guayaquil, tarea sostenida por Eloy Alfaro desde el comienzo de la guerra.

A la hora del cercamiento del Puerto, los revolucionarios relataban:

Llegamos a San Antonio
con placer, gusto y valor;
pasamos a la Sabana
en busca del Dictador.

Pero Veintemilla resistió cuanto pudo, atrincherado en el cerro de Santa Ana, de donde tuvo que apelar al Banco del Ecuador para fugarse con una buena suma de pesos. La copla entonces dijo:

Supuesto que fué valiente,
¿por qué no bajó a la pampa?
No atrincherado en el cerro,
echando mano a la plata.

15.—La cuarteta de la caída del Dictador

La caída del Dictador se operó en medio del beneplácito general. Los restauradores celebraron el acontecimiento con esta cuarteta:

Si quieren saber, señores,
la suerte de Veintemilla,
los bravos restauradores
le bajamos de la silla.

16.—Epílogo de los cantares de la Restauración

El triunfo restaurador dejó al país con tres gobiernos: uno en Quito, otro en Guayaquil y otro en Cuenca. Esta repartición del poder, a los ojos del pueblo no era gobierno. La copla decía así:

Dicen que es cosa muy buena
eso de tener gobierno;
pero lo que es en mi tierra,
cuando haya lo sabremos.

La Asamblea Constituyente fué convocada por los tres gobiernos. En ella triunfó la abrumadora mayoría conservadora. El pueblo amargado, más que por el retorno del poderío clericalista, por las consecuencias de la sangrienta guerra, reflexionaba con su dialéctica sabia:

La suerte de los soldados
es destrozarse en la lid;
otros hacen de sus cuerpos
escalas para subir.

De tantas revoluciones
el pueblo nada aprovecha;
el solo siembra su sangre
y otros hacen la cosecha.

VI

RECADOS DE LA REPUBLICA

Segunda Parte

1.—El negociado de la Bandera

Militarismo, clericalismo y tradicionalismo, en maridaje despótico, gobernaron el Ecuador durante 64 años. Este período intransigente se volvió ya insoportable a los imperativos de la democracia. Y de la misma manera que la invasión napoleónica fué el resorte decidor para la emancipación hispanoamericana, así también una oportunidad insospechada derrumbó el andamiaje del conservadorismo dominante.

So pretexto de reforzar las armas para la defensa de nuestro Oriente y de reafirmar la amistad con Chile, el Gobierno del doctor Luis Cordero medió en un negocio internacional de ese país con el Japón, sin prever que con ello se hería gravemente el decoro y el patriotismo nacionales, a la vez que se preparaba la fosa para su propio entierro. La acción era suicida...

Chile vendió al Japón, en guerra con la China, su crucero "Esmeralda", por la suma de doscientas veinte mil libras; mas como ese país había declarado antes su neutralidad, buscó un intermediario y lo encontró en el Ecuador. El trato lo llenó directamente el ex-Presidente Caamaño, con la aquiescencia del Gobierno y su Gabinete, y con la obligada intervención de Noguera, cónsul del Ecuador en Valparaíso.

Según era juicio corriente y la historia no ha llegado a desdecir, Chile negoció el crucero en doscientas veinte mil libras, y el intermediario directo, en nombre del gobierno de su país, entregó el buque al Japón por el valor de trescientas mil libras, despachándolo con la bandera ecuatoriana. La utilidad, que no sabía el gobierno ecuatoriano, iba a ser de ochenta mil libras; pero esta ganancia se esfumó en la nada, porque de inmediato surgió la protesta nacional que volcó el orden político desde el Gobernador hasta el Gobierno.

Ante esta situación creada por la "argolla", el pueblo ecuatoriano compuso una copla que la cantó día y noche, con la severidad del juez:

Ladrones los de la argolla,
vendieron nuestra bandera,
y nos salen con la farsa
de que fué la de Noguera.

2.—Cantares contra el Viejo Luchador

El régimen de la deshonra nacional cayó sancionado por la revolución liberal-radical del 5 de Junio de 1895. El General Eloy Alfaro fué proclamado Jefe Supremo, y la lucha entre leales y rebeldes se desplegó entre disparos de fusiles y de coplas.

Los primeros tomaron rumbo hacia la Costa y los segundos hacia la Sierra, resueltos al choque marcial de sus principios políticos. Aquellos iban azuzados por los personeros de la religión que, olvidándose del masonismo libertador, condenaban a Alfaro por masón. Su copla alusiva decía entonces:

A la guerra voy con gusto
dejando a quien mi alma estima,

para pelear contra Alfaro
que dizque es masón de Lima.

Los civiles conservadores, a su vez, entonaban este voto de fé:

Cuando yo me esté muriendo
pondránme un Cristo en la mano:
como no soy alfarista,
moriré como cristiano.

Empero, los mismos, encendían la alarma sobre la base de un anhelo fingido:

Quisiera ver a Alfaro
mandando en Guayaquil,
y a todo fraile y monja
de estopa de fusil.

3.—Cantares alfaristas

Las tropas de Alfaro, ya se dijo, marcharon hacia la Sierra. Aquí las esperaban las de Sarasti, Director General de la Guerra leal. Entre tanto, el pueblo guayaquileño, partidario del caudillo liberal, entonaba su cantar:

Con Alfaro por la Sierra
los patriotas marchan ya
y Sarasti en las trincheras
temblando de miedo está.

En Gatazo triunfó el ejército revolucionario y el Jefe del Radicalismo avanzó victorioso a la posesión de la Capital. La gente serrana, a la aproximación del vencedor, decía:

Ya viene don Eloy Alfaro
del pueblo de Guayaquil
y en el maletero trae
el matrimonio civil.

En verdad, el matrimonio civil era parte de su programa político; pero la ley se expidió en la administración siguiente que correspondió al General Leonidas Plaza Gutiérrez.



Después del afianzamiento del Gobierno Radical, la popularidad de Alfaro se hizo presente en los grandes círculos de la Sierra y de la Costa. En los primeros era corriente lanzar al aire esta copla:

La ropa de Eloy Alfaro
no se lava con jabón,
se lava con **chaguarango**
y sangre del corazón.

Los otros la repetían con una variante de significación:

La ropa de Eloy Alfaro
no se lava con jabón,
se lava con **agua e rosas**
que alegra el corazón.

4.—La canción del "Curuchupa"

Al término de su primera Dictadura, Alfaro fué elegido Presidente de la República para el período de 1897 a 1901. Durante este lapso, Sarasti fué el Jefe de la rebelión con-

servadora. Y fué vencido por los coroneles Flavio Alfaro y Julio Andrade, primero en Guanoloma y luego en Sanan-
cajas. Estos hechos recuerda la Canción del **Curuchupa** que conserva el folklore literario de la Provincia de Tungurahua. Héla aquí:

En las llanuras del Chimborazo
do sólo crecen áridas pajas,
tendió la muerte su negro brazo
tomando el sitio de Sanan-
cajas.

Día horroroso, temible día
en que el destino quiso sellar
con sangre humana la tiranía
del que por fuerza quiso mandar.

De frente a frente los enemigos
desesperados por combatir,
cada soldado toma consigo
de su héroe el lema: "Triunfo o morir!"

En la quebrada de Guanoloma
en que pelearon con gran furor,
quedó empañada la cinta aurora,
hermoso emblema conservador.

Sobre la arena grabé mi nombre
y un leve viento lo arrebató:
pasaron días, pasaron meses,
pasaron años y no volvió.

5.—Regionalismo de la guerra civil

Al General Alfaro le sucedió, en la segunda administra-

ción, el señor Lizardo García, hombre achacoso que murió al comienzo de su gobierno. Y mientras agonizaba el Presidente, dos revoluciones liberales se pronunciaron en Esmeraldas y Guayaquil, con Flavio Alfaro y Pedro J. Montero, respectivamente.

El Encargado del Poder, doctor Carlos Freile Zaldumbide, por intermedio del Jefe del Ejército, General Leonidas Plaza Gutiérrez, combatió rudamente a los revolucionarios que, unidos en una sola causa ya, ponían a la Costa frente a la Sierra. En cierto modo ésa era una guerra regionalista, y entre sus hombres brotaron los cantos regionalistas también. Se atribuye a los esmeraldeños esta copla montuvia:

Como en tiempo e' los cristianos
ha de morí mucha gente;
la bala busca al serrano
como el palo a la serpiente.

Los serranos, por su parte, cantaban alusivamente:

Ya vienen los monos
de la loma arriba
y el mono más viejo
viene boca arriba.

Mamita, mamita el mono.
Si este mono se muriera,
capaz que me lo comiera,
capaz que me lo comiera,
revuelto con arroz seco
la parte de la cadera.

6.—Después de la muerte de Alfaro

Los revolucionarios unidos de la Costa proclamaron la Jefatura Suprema de Eloy Alfaro. La revolución fracasó y los jefes vencidos fueron inmolados brutalmente por las masas vengativas de Quito. Pero el recuerdo heroico del Viejo Luchador quedó vibrando de varios modos sobre el cielo de la Patria. En Esmeraldas se le recordaba al guerrero en coplas como ésta:

Alfaro trajo un cañón
de la misma Inglaterra,
que cada vez que dispara
hace temblar la tierra.
¡Ayayay, guacuco!
¡La escopeta y el trabuco!



Tras de la tragedia alfarista, Plaza volvió al Poder y en casi toda su administración fué estorbado por las rebeliones liberales de Carlos Concha y sus negros macheteros, atrincherados en las montañas de Esmeraldas. Entonces los soldados de color cantaban a su Jefe:

Carlos Concha e' mi papá,
bajao desde el infinito;
si Carlos Concha se muere,
el negro queda solito.
¡Ayayay ea!
¡La papaya y la badea!

7.—Trovadores y defensores de la frontera

Empezó 1941 con un sino de amenazas contra el Ecu-

dor. Amenazas injustas, nacidas del caos mundial! Pues mientras Europa y América luchaban en la hecatombe universal por "salvar la Democracia", el Perú se alistaba para invadir el suelo ecuatoriano, seguro de la superioridad de sus armas.

De lo que sucedía en la diplomacia de los dos países limítrofes, lo sabía solamente el gobierno del doctor Carlos Arroyo del Río, y de lo que ocurría en las fronteras del Sur y del Oriente, eran testigos y actores los soldados de las guarniciones que fueron situadas como vigías y defensoras del patrimonio patrio.

Nuestros soldados de la frontera sabían que el enemigo iba apuntalando la amenaza y que aún había invadido ciertos sectores del territorio nacional. Entonces un cabo Tobar decía a sus camaradas de armas:

Lo heredado y bien habido
dan salud, dinero y amor;
pero lo mal adquirido,
lo robado y sin honor,
dan gusano y podrido...

Luego, dirigiendo una broma al sargento Santander, agregó:

Estando Dios aburrido,
y no teniendo qué hacer,
hizo de barro podrido
al sargento Santander!

Repartidas en diversos cuarteles, las tropas ecuatorianas soportaban la amenaza de la desigualdad de armas, de las privaciones existenciales y del alejamiento desfavorecido materialmente al que habían sido reducidas. Y allá, en esos

retiros donde el sentimiento de Patria latía en plenitud, la guitarra era la mejor compañera y la canción el mejor desahogo.

La guarnición de Zarumilla concursaba sus cantares, y en lucha de payadores, unos y otros decíanse las verdades de la hora agitada. El soldado Hernández, a guisa de "sal quiteña", cantaba:

Carne de tigre y venado,
fritos de loro y de mono,
cebiche de lagartija,
aquí se come de todo!

Un compañero suyo, llamado el "Gato Hernández", agregó:

Soldados que no se quejan
del rancho, el hambre ni el agua;
soldados de la frontera
que ofrendan su vida entera!

Mientras los amos de arriba,
sordos, ciegos y sin Patria,
en teniendo la quincena
sólo piensan en su cena!

La sátira contra los altos Jefes del Ejército y contra el mismo Gobierno, arrancó un estruendo de aplausos. En seguida, en un complemento de entusiasmo lírico, el soldado Borja agregó:

Estas coplas acabemos,
pues al frente está el peruano,
preparando, lo sabemos,
para el próximo verano...

El ataque "combinado",
para robarnos El Oro,
cuando de Quito le avisen:
"Amarrado ya está el toro!"

Las verdades iban saliendo fuera del freno de la censura, a merced de las improvisaciones copleras. Y con un último cantar, cerraron la sesión trovera, entonando el "Himno del Zarumilla" que los mismos soldados lo habían compuesto y musicalizado en minga patriótica:

Zarumilla y Palmales,
Hualtaco, Chacras, Huaquillas,
La Faical y Balsamales,
nunca caerán de rodillas;
pues formando un eslabón
con El Cruce y Rancho Chico,
Poza del Caucho y Carcabón
está también Balsalito.

Quebrada Seca es el muro
en que han de estrellarse en combate,
los limeños y el guayruro,
cuando el "Cayambe" les plante!
La "Sucre" irá cañoneando
al invasor fratricida,
y el "Montecristi" atacando,
lo arrojará a su guarida!

Peruanos, malos vecinos,
de la América los Caínes:
nuestros montes y caminos,
vosotros, cual si mastines
ebrios de loca ambición,

ya queréis que os los rindamos
pisoteando la tradición
que de la España heredamos!

Con sangre del pueblo heroico
se regará esta montaña,
y con valor firme, estoico,
clamarán, para el mañana,
con voz de trueno y rugido:
—Por nuestro honor ofendido,
Venganza, americanos!—
Todos, montuvios, serranos:
—Por nuestro honor ofendido,
Venganza, ECUATORIANOS!

La invasión se consumó. En vano los cielos ecuatorianos que oyeron esas voces, repetían: "Por nuestro honor ofendido, venganza ¡oh americanos!". Pues con la aceptación de las potencias de América se firmó el nefasto Protocolo de Río de Janeiro. Hoy tal vez sólo queda la última parte del Himno: "Por nuestro honor ofendido, venganza ¡OH ECUATORIANOS!".

PRESENCIA SOCIO-GEOGRAFICA

VII

RECADOS DE LA VIDA NACIONAL

Primera Parte

1.—Cantares del exilio

Remedio favorito de nuestros gobiernos para verse sin estorbos políticos, ha sido el destierro, sobre todo desde que se abolió la pena capital. En vano los opositores clamaban la buenaventura de la Patria o de sus compatriotas! En vano decían que sus rebeldías querían únicamente el bienestar nacional!

Uno de aquellos desterrados del Ecuador, dejó a la posteridad su grito de dolor en esta copla:

¡Adiós padre y madre mía,
hijos y esposa y hermanos!
Porque idolatro a mi Patria
me arrojan a suelo extraño.

Antes del destierro era costumbre amedrentar a los presos políticos con grillos y cadenas. Y después, la ausencia del hogar y de la tierruca fueron también grilletes que oprimían el corazón. Es sabido que Montalvo lloró alguna vez al golpe de la nostalgia de los ilustres varones.

De los desterrados ecuatorianos son los cantares que siguen:

Ausente de mi Patria,
cautivo en tierras ajenas,
lloro mis acerbos males
al compás de mis cadenas.

Hecho trapos mi vestido,
muerto de hambre y de congoja,
triste proscrito, recuerdo
las dulzuras de mi choza.

Para el triste desterrado
no hay más que recuerdos tristes
para todo gusto es muerto,
para el pesar sólo vive.

Como Montalvo, muchos desterrados buscaron asilo en la vecina República de Colombia. Uno de éstos cantaba así:

Río abajo, río arriba,
me voy por el Magdalena,
llorando con desconsuelo,
huerfanito en tierra ajena.

Pero el deseo máximo del desterrado que no se acomoda en tierra extraña, ¿qué podía ser? Nada más ni nada menos que lo que estas otras coplas dicen:

Fortuna, ¿a qué me trajiste
de mi tierra para acá?
Yo no nací para ausente,
vuélveme a llevar allá.

El regresar a mi tierra
es mi único frenesí;
toda mi dicha se encierra
en la tierra en que nací.

2.—Declaraciones cívicas

En nombre del sufragio universal, el Ecuador ha tenido elecciones directas desde los comienzos de su vida republicana. El pueblo ha intervenido en ese torneo cívico, aunque sugestionado por los que esclavizan su conciencia o explotan su ignorancia. Entonces el triunfo ha sido de aparente legalidad, cuando no ha mediado el fraude electoral.

Sin embargo no faltó el poeta del pueblo que comprendió su incapacidad para el voto consciente y le dijo en verso a su compinche:

Anda tú darás el voto
por quien la gana te dé;
yo no voy, pues no soy tonto
para hacer lo que no sé.

Siempre el voto popular ha sido el alarde de los ungidos. Sobre todo los Presidentes electos han declamado esa "popularidad", sin que el pueblo sepa lo que hizo al votar, ni qué clase de sujeto es el que le va a gobernar. De ahí vino este hermoso símil:

Pescador, echa el anzuelo
sin saber qué ha de salir:

así el pueblo echa su voto
Presidente al elegir.

3.—Lo que dijeron en amor serranos y costeños

De repente, el regionalismo entre la Sierra y la Costa ecuatorianas se refundían en desdenes de amor. La copla que sigue debió nacer del desprecio o indiferencia de una campesina de la Costa a las solicitudes de un serrano:

Yo le dije a una montuvia
que se dejara querer
y no sé por qué sería,
no me quiso responder.

Otra vez la galantería del costeño se desenvolvió en este diálogo:

—¿Qué vendes tú, serranita?
—Señor, yo vendo pancito.
—Si te me das de vendaje,
yo te lo compro todito.

4.—Pasquines regionalistas

Muchas veces el regionalismo entre la Sierra y la Costa del Ecuador, abandonó su sentido edificante para batirse en el insulto. Sin duda, la cuarteta que viene fué para un costeño que llegó a Quito, ansioso de curarse su tuberculosis al conjuro de las bondades climatéricas del Altiplano. El cantar dice:

Un esqueleto vestido
andaba en la Calle-Angosta;

viéndole bien había sido
un tísico de la Costa.

Otra copla indolente, en caso igual, expresa:

Si la **pepita** ya está
que no se cura en su tierra,
lo mismo es toser allá
que toser aquí en la Sierra.



Los habitantes de la Costa, a su vez, ridiculizaron a los de la Sierra, mediante versos como éstos:

Un serrano fué a Bodegas
con venta de mantequilla,
y todo su cargamento
cambió con fiebre amarilla.

Anoche, en media Sabana
encontré un bulto tendido;
pensé que era una marrana,
y una serrana había sido.

5.—Raza, linaje y amor

Los españoles de la colonia dejaron entre nosotros una escala oprobiosa de clases sociales, cuyos prejuicios repercutieron principalmente en los campos del amor. Mas no siempre la tradición del linaje triunfaba. Algún blanco o mestizo que rompió la consigna establecida, explicó su caso así:

Yo me enamoré de una negra
y con ella me casé;

pues dentro del cuerpo negro,
una alma blanca encontré.

Para esas señoras de copete que esconden sus vicios o sus defectos bajo la tela de un apellido sonoro o de una tradición señorial, el pueblo compuso esta comparación romancesca:

Hay señoras que tienen
el alma negra,
y hay **cholas** con el alma
como una perla.

Son frecuentes las ocasiones en que el ricacho o potentado conquista a las hermosas hijas del pueblo, a merced de la rijosidad del dinero; pero hay casos en que el reproche le sale al encuentro, increpadoramente, como se puede ver:

No piense que con su plata
ha de conseguir mi amor;
pues aunque soy **chola** y pobre,
yo también tengo mi honor.

Y como para rematar la misma escena se compuso la copla que sigue:

Para la **chola** el **cholito**,
para señora el señor:
váyase caballerito
a otra parte con su amor.



Muchas señoritas que escogen el linaje para correspon-

der en el amor, de repente reparan la "mancha" de la sangre del papá o de la mamá del pretendiente, para contradecir a veces a los impulsos naturales del corazón. Para ellas se hizo esta copla:

Me desprecias, porque dices
que una **chola** me parió;
pero dime, ¿no naciste
lo mismo que nací yo?

Esta ironía se compagina con esta otra:

¡Ay! dices que no me quieres
porque soy de sangre baja;
si quieres querer a reyes,
cuatro tiene la baraja.



La lucha antagónica de carácter amoroso, por la condición social, existe también entre la gente de la urbe y del pueblo y entre esta última y la aldeana o campesina, aunque en limitada escala ahora. La excepción de ayer se justificó en esta cuarteta:

Mi novia es una **chagrita**
hermosa como una estrella,
buena como una santita,
y yo me muero por ella.

Fuera de las conquistas abusivas de amos o patrones que ejercitan con las mujeres de la servidumbre, existe una abultada muralla social para el amor entre el señor y la sirviente, llamada **china** en el Ecuador. Pero un amador rompió este prejuicio y lo declaró de esta manera muy ingeniosa:

Estoy queriendo a una **china**
que no es china de nación;
es china, porque rechina
por ella mi corazón.



El negro es apto para las más arriesgadas empresas. En la independencia de Hispanoamérica alcanzó generalatos, y hoy no son hechos extraños los enlaces matrimoniales entre negros y blancas o viceversa, de lo que, en cuanto al ayer se refiere, el recado comunica:

Una rubia se casó
con un negro colorín
y los hijitos nacieron
del color del aserrín.

6.—Otros cantares del amor

El campo más fecundo de los cantares es el amor y sus pasiones derivadas, que ora son celos y desengaños y ora quejas y promesas, cuando no se ofrece el cielo en la mano. Una estadística de coplas en nuestro país daría más del noventa por ciento a los fueros de Venus y Cupido.

La cita de los enamorados, a la costumbre de nuestro pueblo, es patética y elocuente en estas estrofas:

Vendrás a la oracioncita
y toserás no más,
que en la puerta de la calle
aguardando le he de estar.

Si alguno viene detrás
y usted acaso lo ha sentido,

hágase el desentendido
y toseráme no más.

No se vaya a descuidar,
pues es cosa que conviene;
y así, mientras usted viene,
aguardándole he de estar.

Cuando la cita no es posible por razón de distancia, de impedimentos o cualquiera otra causa, la carta mensajea el sentimiento de los enamorados. Seguramente, uno de los amantes debió faltar a su compromiso, para que la parte agraviada diga esto:

Una carta te escribí
con más suspiros que letras,
y he sido tan infeliz
que no he tenido respuesta.

Las coplas que anteceden, bien no pudieran ser de origen ecuatoriano, pero viven arraigadas en el alma de nuestro pueblo. En cambio estas otras llevan por entero el sello dialectológico del Ecuador:

Te casaste, ¡caramba!
ya te casaste;
¡ayayay! linda zamba
ya te fregaste.

Zamba, zamba del diablo
ya no te quiero...
¡Caramba! qué es lo que hablo:
¡Por tí me muero!

Dile a taita curita
que te descase,
¡ay, caramba, zambita!
y a mí te pase.

La variedad de cuartetos es incalculable; mas para ser pronto, recordemos aquella cancioncita que más parece un juego de amor, semejante a la "Pájara Pinta" o "Matantirululán" del corro español presente entre nosotros. Se intitula: "Denme maridito":

Denme, denme, denme
pronto un maridito,
sea de levita,
sea de ponchito.

Denme, denme, denme
pronto un maridote,
sea un caballero
o un yana cogote.

Denme, denme, denme
cualquier animal,
antes que me vuelva
perra con el mal.

Denme, denme, denme,
quiero ser casada;
porque no me caso
vivo renegada.

Denme, denme, denme
cualquier compañero:
si ahora no me caso,
mañana me muero.

7.—Promesas, razones y quejas

Los aspectos de la vida ecuatoriana que matizó nuestros cantares son polícromos y auténticos. Recordemos un caso: el **concertaje** fué carga fatal y legal que pesó sobre nuestros indios hasta hace poco tiempo. Consistía en alquilar los servicios a un hacendado o terrateniente, previo contrato celebrado ante una autoridad que ponía su esbirrismo a las plantas del gamonal. El contratado se llamaba **concierto**, y en la vida era una especie de esclavo porque volvía a **contratarse** antes de concluir el servicio del contrato anterior, para morir dejando a veces la deuda sobre los hombros de la familia.

Este achaque histórico social ecuatoriano movió al poeta del pueblo a ofrecerse en concertaje de amor a la mujer amada:

Si quieres, donde el **Teniente**
te haré el papel de **concierto**
y me tendrás **concertado**
de vivo y después de muerto.

Una manta o chal de flecos largos y listas vivas que usan las mujeres del pueblo azuayo de preferencia, se llaman **macanas**. Sobre todo las cholas cuencanas, ponderadas por sus atractivos físicos, usan tal prenda, simulando una flor regional. Probablemente por una de esas mujeres fué inspirada esta copla:

Cuando pasa la bonita,
la de **macanita** azul,
mis ojos le van siguiendo
y el pecho dice tul-tul.

En los campos del amor, el hijo del pueblo —y aún el hijo del señor— no siempre alcanza la venia de los padres de la presunta novia, y al verse obstaculizado por esa causa, como ayer, el amante hace esta declaración:

Hago muy bien en querer
con mi gusto y con mi gana:
en eso no tienen parte
ni tu taita, ni tu **mama**.

Tanto el indio como el mestizo campesino tocan el **rondador**, instrumento de cañas escaladas muy adecuado para las piezas tristes. Por eso el bardo anónimo legó esta confesión:

El rondador en la boca,
me voy por el callejón,
a ver si se van las penas
de mi pobre corazón.

8.—El dinero y los celos

El celo de marido a mujer es moneda corriente en el pueblo, y los maridos celan hasta como medida de avivar el amor de las esposas. Sin duda es mujer la que compuso esta copla, para decirle al marido que el celo no compete al que se olvida de sus obligaciones hogareñas:

Celando siempre vives,
pero nunca me das **medio**,
como si los celos fueran
de mi pobreza remedio.

Fuera de los celos pasajeros, hay otros que trascienden

a traición y ocasionan el escándalo social. El hecho se llama, en expresión popular. "poner cachos", "poner cuernos" o "cuernear", lo mismo que se alude en la redondilla que viene; pues la *bocina* es, precisamente, un instrumento de cuerno de ganado vacuno que se toca para conducir al mismo.

Por tu causa gran cochina,
ya está el pobre al expirar,
y mañana a sepultar
le han de llevar con bocina.

El poeta de esta copla quiso decir que el moribundo esposo de la mujer infiel, iba a despedirse del mundo "adornado de cuernos", según el modismo vulgarizado. Y quién sabe si por los caminos de esa tragedia conyugal transitó también don Dinero.

9.—El precio de las mujeres y los hombres

En sus cantares, al son del arpa o la guitarra, de repente los músicos del pueblo estipulan el precio de las mujeres. De niños oímos esta gradación literariamente precisa:

Las solteras son de oro,
Las casadas son de plata,
las viudas son de cobre
y las viejas de hojalata.

La parodia surtió fresca en la provincia del Cañar, aunque acomodándola al sexo feo que se consuela con este adagio: "El hombre mientras más oso es más hermoso". La parodia en cuestión dice:

Los de Quito son de lino,
los de Ambato de algodón,

nosotros los cañarejos,
ladrones del corazón.

Pero vamos con el precio de las mujeres. Alguna vez el poeta quiso ridiculizar a alguna solterona o viuda próxima a la vejez, y el precio que la puso bajó a la última cuantía:

Vejarrona de cincuenta,
trasto viejo de estanquillo,
aunque te pongas de venta
quién te ha de dar ni un cuartillo.

Ahora volvemos al precio del hombre, como una tragedia familiar que se fué y no deja de estar presente en muchos hogares pobres:

La mujer enferma en cana,
los hijos llorando de hambre,
yo sin calé en el bolsillo:
¡Qué suerte tan envidiable!

10.—Otros precios en verso

Nada es tan amargo como el pan ajeno, repite el hombre sin cesar. Y en relación con esto mismo, el pueblo expresó en su cantar:

Quinquin cucho vale mucho;
cualquiera en su pobre casa
qué contento que se pasa
con su mashca y su cariuchu.

△

En campos y pueblos serranegos hay músicos que andan de fiesta en fiesta. Generalmente tocan de balde, como gratificación o *jocha* o en desquite de lo que comen, beben y fuman. Pero alguno de estos artistas no estuvo conforme con las atenciones que le prestaran y reflexionó de esta manera:

Ser músico en este pueblo
es ser loco o muy sencillo,
pues pagan por noche y día
un trago y un papelillo.

11.—El “Costillar” y el “Mashalla”

Se sabe que el *costillar* fué un fandango español; pero más tarde, en las décadas idas de nuestra República, letra, música y baile, en una sola trinidad de regocijo, constituyeron el mejor número de las fiestas privadas del pueblo ecuatoriano.

La copla recuerda el *costillar* en todo su valor fandanguero:

Cuando yo toco en mi arpita
el tono del *costillar*,
hasta *mama* abuelita
sale al momento a bailar.

Pero en las diversiones campesinas de la Sierra fué más corriente el *Mashalla*, término quichua traducido por “yernecito” o “yerno mío”. Es una dramatización epitalámica que se desarrolla al son de una música triste que se diluye como narcótico entre los asistentes, para reventar la paradoja del buen humor.

La madre de la recién casada inicia la melopeya casera,

al son de cuartetos en serie que terminan con un estribillo que, en buen romance, se traduce por “yernito, yerno mío! nuerita, nuera mía!”.

He aquí el *Mashalla* en acción:

Señores, muy buenos días.
Alabado sea Dios.
Al noble auditorio
le pido atención.

Y también le pido,
me ha de dispensar
que a mi prenda amada
venga aquí a buscar.

Por acá, señores,
se me ha noticiado,
que una hijita mía
se me ha cautivado.

Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.

La hija se presenta ante la madre y le oye esta lección:

Al fin ya te encuentro,
aunque cautivada.
Me has dejado sola,
¡oh mi prenda amada!

Pues ya te has casado,
tendrías razón;
ahora cumplirás
con tu obligación.

En el santo estado
que elegísteis vos,
marido y mujer
serviréis a Dios.

Este duro estado
no es fácil cortar:
sólo el Dios del cielo
lo ha de remediar.

Es un grande barco
cargado de males;
para ambos casados
todos son iguales.

Este sacramento
siempre ha de durar,
y sólo la muerte
lo ha de terminar.

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

Después de esta piadosa explicación sobre el significado del matrimonio a la luz de las tradiciones y las creencias religiosas, la madre se concreta a darle las instrucciones y consejos que la hija necesita, a su modo de ver, para que se desempeñe como buena esposa:

Hijita querida,
te quiero advertir
que sólo a tu esposo
tienes que servir.

Todas las mañanas
has de madrugar,
a ver la cocina
y hacer almorzar.

Cuando va al trabajo
fatiga a sufrir,
con el desayuno
a buena hora has de ir.

Todos los domingos
ligerita acude
con la ropa limpia
para que se mude.

Como una balanza
te has de manejar,
para que tu esposo
no tenga que hablar.

Nunca a tus amigas
has de visitar
por contar tus penas
y triste llorar;

porque esas amigas
te han de murmurar,
pues son cuchillitos
que saben cortar.

Las necesidades
mejor es callar;
sólo Dios lo puede
todo remediar.

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

Luego le aconseja que, por el matrimonio religioso, ella es parte de un lazo indisoluble y la llamada a desempeñarse con "amor y respeto" al esposo. Y así le dice:

A tu amado esposo
nunca celarás,
y cualquiera falta
disimularás.

En esto de celos
piense la mujer
que al mejor marido
lo puede perder.

Enredos ningunos
no sepas oír;
lo que Dios ha unido
suele desunir.

Con tu amado esposo
nunca porfiarás,
y con este modo
vivirás en paz.

Amor y respeto
siempre lo tendrás,
y a él tan sólo en todo
te sujetarás.

En todo prudente
te has de manejar,

y así de tu esposo
te harás estimar.

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

La amable consejera, ahora se dirige al yerno, y ella le dice lo que olvidó el sacerdote o sembró en el viento de sus latinismos intraducibles para los esposos.

Hijito de mi alma
te quiero advertir,
que a San José igual
procures vivir.

Ya que eres mi yerno
te voy a encargar
que a mi amada hijita
me la has de estimar.

Como hombre prudente
te manejarás,
y cualquiera yerro
le dispensará's.

Como mujer débil
ella puede errar;
con palabras dulces
le has de amonestar.

Con el buen esposo
hay felicidad,
y en la casa no entra
la necesidad.

Con el mal esposo
no hay buen matrimonio;
con Dios todo es bueno,
no con el demonio.

Cristo con su Iglesia
nos sabe enseñar:
de casados dignos
es buen ejemplar.

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

Pero como el yerno es la llave principal para la felicidad del nuevo hogar, la madre política sigue:

¡Ay, hijito mío!
No te digo en vano:
vive con tu esposa
como buen cristiano.

Jamás en tu casa
amigos admitas,
que a inquietar te vayan
dándote copitas.

En casa de juego
jamás entrarás,
pues cuanto has buscado
allí perderás.

Tus malos amigos
llevarte querrán,
y sin compasión
te desnudarán.

Trabajando mucho
siempre has de vivir,
y como hombre honrado
así has de adquirir;

pero lo que ganes
con tanto sudor,
en juegos no botes,
ni en tomar licor.

Los muchos engaños
que este mundo tiene,
como hombre juicioso
que evites conviene.

De malas palabras
guardarás tu boca,
pues la mala lengua
los pleitos provoca.

Para lo que es malo
ojos no tendrás,
y los dos oídos
también cerrarás.

Con otras mujeres
no quieras meterte;
con la tuya sólo
vive hasta la muerte.

Como hombre virtuoso
te has de aconsejar,
que por buen camino
te sepan guiar.

Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.

A continuación de los consejos individuales a los desposados, la buena mujer los junta a su lado, como una sacerdotisa, para hablarles de los deberes para con los hijos. Y en esta aula, la estúpida tradición colonial se impone todavía, negándosela escuela al retoño femenino. ¡Ah!, se decía hasta hace poco que el saber leer y escribir perjudica a la hembra, porque ése es un recurso diabólico para "cartearse con los enamorados".

La maestra de este drama inicia su nuevo discurso con una hermosa paradoja que abre paso a los demás consejos:

Que habéis de ser padres
es cosa segura;
los hijos dan gusto
con mucha amargura.

Con mucho cuidado
habéis de criarlos;
desde antes que nazcan
a Dios entregadlos.

De todos los vicios
los sabréis guardar,
y desde chiquitos
sepan trabajar.

Temprano a la escuela
el varón irá;
la hija de la madre
no se separará.

Todos viviréis
de Dios con temor,
pidiendo a la Virgen
que os dé su favor.

Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.

Dentro de los fueros de sentido religioso, la buena madre de estos consejos epitalámicos, extiende su sermonario hogareño también a los padrinos del matrimonio, que allí están presentes en otra pareja conyugal. Para ellos este recado:

Señores padrinos,
como bien casados,
daréis buen ejemplo
a vuestros ahijados.

Si ustedes reparan
que lo pasan mal,
a ustedes les toca
ponerlos en paz.

De mi parte pido,
suplico a los dos,
que a pasar lo enseñen
como manda Dios.

De estos tiernos novios
espejo serán:
para ser dichosos
en él se verán.

Ya he dicho a mis hijos
muy buenas razones;
¡ojalá guarden
en sus corazones!

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

Toca ahora a los recién casados disponerse a la partida, para recogerse en el nuevo nido que en el noviazgo lo prepararon. Les toca ya iniciar la vida en hogar aparte, lejos o cerca de las casas paternas. Hija y madre entonces se despiden así:

—Adiós, madre mía,
digo con dolor;
adiós, mi consuelo,
adiós, pues, mi amor.

—Adiós, hija mía,
por quien tanto lloro;
adiós, pues, mi joya,
mi rico tesoro.

—Adiós, mi mamita,
adiós mi respeto;
de sus tiernos brazos
llorando me ausento.

—Adiós, pues, mi hija,
adiós, corazón,
adiós, mi amorcito,
adiós, mi pasión.

—Adiós, pues, mamita,
deme ya su abrazo;
de usted se separa
otro dulce lazo.

—Adiós, vida mía,
adiós, ya te vas;
de esta pobre madre
no te olvidarás!

**Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.**

En última instancia se presenta el padre de la desposada. En seguida la madre dispone:

Ahora ante los padres
hínquense los dos,
como si estuvieran
delante de Dios

Besen cada uno
humildes la mano;
la bendición pidan
con modo cristiano.

Los jóvenes esposos así lo hacen, para recibir inmediatamente las cruces de sus íntimos mayores:

—Hijos, yo os bendigo
como padre vuestro,
en el nombre santo
de Dios Señor nuestro.

—Hijos, yo os bendigo,
como vuestra madre,
en el santo nombre
de Dios nuestro padre.

Mashalla, mashalla,
cachunlla, cachunlla.



Hemos transcrito todo el texto de esta *meloqueya* casera, como la hemos llamado, por la musicalización total, porque la pieza sintetiza una fase importante de la vida nacional en la Sierra Ecuatoriana. En ella está el evangelio que se predicó ayer entre nosotros y parcialmente también hoy, con todo el significado de la sencillez campesina y el alma mestiza de la serranía. En ella, la costumbre, la tradición, la moral ingenua, el religiosismo fiel. En ella, en fin, algo que perdurará en la historia como una página suya, aunque sin protagonistas concretos ni tiempo determinado. Y precisamente su letra y su música han resucitado en estos tiempos para hacernos presente un largo pasado y para repartir en el mundo sus notas dolidas, cual si los artistas hubieran comprendido que el matrimonio de los pobres del pueblo y del campesinado, lleva en la entraña el dolor sumado a las delicias del cariño.

El *Mashalla*, presente en las bodas de las clases humildes, sirvió grandemente para la escenificación teatral de las demás fiestas privadas, en las que el baile debía abrir un paréntesis al teatro. Y eso era útil, muy útil y festivo, porque en torno no faltaban novios y candidatos al noviazgo que tenían que aprender un largo futuro en esa aula que reivindicaba a la que se le negaba a la mujer.

12.—Recados de las bodas montuvías

El drama epitalámico de los campesinos de la Costa ecuatoriana es más objetivo y al desnudo. Entre ellos se improvisan los recados en los ratos que las bodas se colman de entusiasmo o buen humor al influjo de la música, la danza y las bebidas alcohólicas. Y se dice en la copla, la ética positiva de lo que las necesidades biológicas reclaman al minuto.

En esos cantares espontáneos, los músicos concursan los recados uno tras de otro, y en otros casos, fuera de las bodas, dicen al oído de los novios:

—El que de casarse trate,
es casa, colchón y catre
y ropa pa su mujer.

—Luego sin dilación
su lavandero ha de hacer,
también ha de poner
manteca, carne y carbón,
sin que falte el almidón
como suele acontecer.

—También ha de poner,
agua, batea y jabón,
no les cause admiración
los que pretendan mujer.

—Olla, cuchara y recado,
piedra, rallo y cuchillo
lleva a su casa el casado.

—Cuando vienen los hijitos,
ellos se juntan a toítos,
pa pedir pan y queso,
y si no hay está amolao,
el hombre que se ha casao.

VIII

RECADOS DE LA VIDA NACIONAL

Segunda Parte

1.—La suerte del indio al ojo de los cantares

Tema de honda preocupación ha sido la suerte del indio americano, desde los albores de la colonia. Y por más que Olmedo clamó en las Cortes de Cádiz, demandando justicia para la "raza vencida", esa voz no se oyó plenamente ni en el desenvolvimiento de la República.

Por largo tiempo en el Ecuador, el concertaje esclavizó a los indios. Las cargas religiosas los desnutrieron hasta la aniquilación. Empero, la mayordomía puso un capataz de la raza para la misma extorsión de los suyos.

Y no por hablar del pasado debemos olvidar que todavía el indio no se libera de su tragedia, no obstante la protección legal del Estado y las sugerencias iluminadas de los indigenistas.

Pues ya dijimos que el mayordomo se estableció para explotar y atropellar al indio por el indio; mas no por eso el capataz mereció la recompensa a su esbirrismo. Algo de ese destino nos revela esta copla:

Pobre de aquel mayordomo
en lo ajeno desvelado,
en el día de las cuentas
bien servido y mal pagado.



Pero la suerte del indio es patética y cierta en este Testamento dictado en su nombre, por algún blanco o mestizo que hizo de escribano y poeta en algún rato. Transcribámoslo:

Este pobre testamento
que voy aquí a referir,
lo hizo un indio desdichado
poquito antes de morir.

Item declaro que dejo
mi alma pecadora a Dios,
y el cuerpo a la madre tierra
de la que Dios lo formó.

Casado y velado he sido
no más que una sola vez,
y cuatro hijos Dios me ha dado
en esta única mujer.

Item declaro que dejo
esta triste choza vieja,
para que vivan mis hijos,
si mi amo quiere y les deja.

Dejo una **cullma** que tiene
más de cuarenta agujeros,

y un calzón más remendado
que el calzón de un limosnero.

Dejo mi poncho de jerga,
aunque ya no es sino hilachas,
y mi sombrero, tan viejo,
que ya no tiene ni faldas.

Dejo mi **shigrita** vieja
y mi **puquito**, aunque roto,
y también mis **maquicaras**
hechas de cuero de zorro.

Lo que son tierras, no dejo,
porque yo no tengo más
que el hueco del cementerio
en que me van a enterrar.

Este es el indio concierito de ayer y aún hoy tiene los achaques de una abusiva servidumbre sobre sí. Y es cierto también, que ante una vida de penalidades, hambres y miserias, ese indio procuró robar al amo para satisfacer sus necesidades imperiosas, como si supiera la sentencia de San Pablo: El que trabaja tiene derecho a comer. Mas como el amo se negó a ese derecho —y probablemente lo niega todavía—, él tuvo que recurrir al arte del engaño, y en igual caso lo seguirá engañando, por más que los castigos y las cárceles estén listos a su martirio.

Las estrofas de "Los consejos de un indio", por más que pretendan denostarlo, tienen un fondo de verdad justificada por la misma moral de San Pablo. Veamos algunas:

Un indio estando muriendo
a su hijo le aconsejaba:
—Has de saber hijo mío ...

Aunque tu patrón te quiera,
nunca le has de querer,
porque el querer de los amos
lo mismo es que aborrecer.

Si te nombran de vaquero,
hazte el que enlazas de errada
mata la mejor vacona
y dí: Se murió rodada.

Si te nombran de ovejero,
hazte el dormido o el bobo,
cómete al carnero padre
y dí que lo comió el lobo.

Si te hacen cuidar gallinas,
cómete la más hermosa,
y mostrándole las plumas,
dí: Se comió la raposa.

Si te nombran chagracama
los choglllos has de robar,
y si te habla o si te pega
al perro le has de culpar.

Si te cogiere la noche
y entras a pedir posada,
hurta siquíera el cuchillo
y pega la madrugada.

Cuando te cojan en algo
lo que es verdad no has de hablar,
pues a punta de mentiras
del apuro has de zafar.

Fuera del anonimato, Luis Cordero interpretó dos fases de la vida del indio ecuatoriano de las décadas del siglo pasado. En "El adiós del indio", el pobre paria de la "raza vencida" se queja del amo que le despide del **huasipungo** y le arroja a vivir en tierras extrañas o de dueños desconocidos. El indio de la despedida expresa:

Rico fui; su tiranía
me ha dejado miserable:
él me ha quitado de lleno
cuanto al gran Dios plugo darme.

Suya es mi casa, son tuyas
mis perdidas heredades:
¡ay, Patria, Patria! yo vivo
cual paja que lleva el aire...

En las "Coplas de contento", dirígese el nativo a los legisladores que se afanaban por quitarle una parte de su carga fatal, y como si la ley ya estuviera expedida, estalla en este inocente alborozo:

¡Oh padres! de gozo henchidos
nos tiene nuestra ternura;
¿conque también el diesmero
cayó por fin en la tumba?

Desde ahora, para el que siembre
será lo que el maíz produzca:
en hora buena, con flores
lozanas, el fruto anuncia.

Mujer, hijo, hermano, hermana,
trabajemos más que nunca;

nuestra cosecha de pobres
la recogerá el que suda.

En las demás estrofas de este romance desfilan los diezmeros retratados en la infamia del abuso y en la oprobiosa costumbre de quitar prendas cuando el diezmo no ha sido satisfecho. Pero por gran tiempo la ley no surtió efecto por la fuerza feroz de la costumbre amparada, si cabe decirse, por los ministros del catolicismo, quienes continuaban despachando al infierno a todos los que se negaban a la prescripción de los "mandamientos de la iglesia". Hasta ahora perdura la obligación piadosa para indios, blancos y mestizos del campo, a quienes se los niega los sacramentos previos a la "cristiana muerte" si no disponen el pago de diezmos.

2.—Coplas sobre la injusticia social

El pueblo suele decir las más duras verdades en sus cantares. En ellos vierte su filosofía, la aguda crítica, el realismo desnudo y la desventura de su suerte.

Hay numerosas coplas acerca de la injusticia social o de la injusticia de los que administran justicia. Esta vez, el poeta del pueblo nos quiere hablar de la desigualdad social hasta en la morada de los muertos:

Las cruces de este mundo
son muy diversas:
pues unas son de fierro
y otras de yesca.

Este bardo de la cuarteta sentenciosa, a la manera ecuatoriana, pone en cuatro octosílabos esta famosa sentencia de Jesús: "Más pronto pasará un camello por el ojo de una aguja, antes que un rico entre en el reino de los cielos". Héla aquí:

Los pobres comen muyuelo
y los ricos comen ave;
para los pobres hay cielo,
para los ricos ¡quién sabe!

Es cosa corriente y cierta afirmarse que los amigos son amigos solamente cuando media el interés del dinero y la mano sueña. Esto quiso decir el bardo de esta cuarteta típica:

Mis amigos muchos fueron
cuando tuve harto sancocho;
cuando con hambre me vieron
tocaron uno y diez y ocho.

Es mal quizá de toda la América Hispana eso de inclinar la balanza de la justicia en favor de los potentados. El pueblo ecuatoriano, por lo que ocurre entre nosotros, reprocha de esta manera:

Para el rico que roba harto
no hay ley, ni juez, ni prisión;
mas si un pobre roba un cuarto
¡al panóptico, ladrón!

Efectivamente, el indio o el miserable de la plebe que robana gal lina o un haz de leña, humillado por sayones se va la prisión; no oseen oritos que e des alcan miles y millones del erario nacional, porque parellos abundan las "garantías", si es que no tomaron el vudo para disfrutar la fortuna en el exterior.

En el Ecuador, bien lo sabemos, son los comisarios los que preferentemente ejercen las funciones de autoridad de justicia. Y ante sus quiebras escandalosas, el cantar ironiza con estro diestro:

Alhaja es mi señor comisario:
al perro sabe imitar,
que sólo al de poncho muerde
y al de levita, jamás.

Empero, la mejor sátira contra la injusta justicia parece ésta:

Dizque hay leyes en mi tierra
desde Loja hasta Tulcán:
como para nada sirven,
durmiendo todas están.



En relación con esa burla de la justicia al influjo del poderío de las castas tradicionales y del dinero, sin duda, se escribió esa canción de "El Tacuamán". Al respecto, Juan León Mera dice: "El suceso que dió lugar a que se hicieran estos versos, es rigurosamente histórico. Todavía se los canta en una tonada que lleva el mismo nombre. El pueblo castigó con ellos así al asesino como a los jueces que lo absolvieron".

El Tacuamán

A la otra banda del río
llamado Culapachán,
asparon a puñaladas
al pobre de Tacuamán.

Ya se reunió el Jurado;
lo que sucede veré:
el muerto quedará muerto,
y libre Ambrosio Terán.

Siete fueron los Jurados
con la burra de Balahán,
que a Terán dejaron libre
sin vengar a Tacuamán.

De los jurados de Ambato
que me libre Dios bendito:
Tacuamán quedó fregado
y sin castigo el delito.

Por la pila está corriendo
la sangre de Tacuamán,
pidiendo justicia al Cielo
contra el Ambrosio Terán.

3.—Cantares anecdóticos

La anécdota, episodio brevísimo, interesante y sugeridor de moralejas, en los cantares micrográficos tiene un asiento frecuente. Debe venir de los tiempos más remotos de la española o cuando los juglares anecdotizaron el chascarrillo en el ágil relato para concluirlo con la cuarteta picante, propicia a la risa de los oyentes. Pero es innegable que la copla anecdótica o chascarrillesca nos vino de España para enseñarnos la bondad de su clima y los secretos de su arte.

Con tan buenas muestras, nuestros antepasados se refugiaron en la anécdota propia, lo cual nos revela la copla que el humorista Juan Larrea dedicó a José Mejía o los dísticos que los quiteños cambiaron con el Presidente Mourgeón de los años de nuestra insurgencia emancipadora.

Fuera de los cantares anecdóticos aquí recordados, el coplario ecuatoriano nos trae otros. En un caso se cuenta que en Quito vivió un notable abogado de apellido Lequerica,

llamado sabio por el pueblo en gracia a su portentosa memoria. Desgraciadamente ese jurisperito se entregó a la copa y murió sin reparación en una casa de salud.

A ese abogado se refiere esta copla que, en broma, constituye un elogio a la embriaguez consuetudinaria:

Para ser **jumo** dejó
de ser sabio Lequerica;
pues con razón digo yo
que ser **jumo** es cosa rica.

También se cuenta que un ricacho de apellido Grijalva, fué condenado a prisión por un crimen pasional; pero que el recluso, al verse privado de la libertad, creyó suplir el mal colocándose grillos de plata con cadena de oro. Para ese capricho extraño, sin duda se inspiró en esa copla:

De qué le sirve al cautivo
tener los grillos de plata
y la cadenita de oro,
si la libertad le falta?

Pero el recluso que quiso dramatizar el romance, viviéndolo en carne viva, lo acomodó así:

De qué le sirve a Grijalva
tener los grillos de plata,
de oro fino las cadenas,
si la libertad le falta?

4.—Un requiebro en elogio de Quito

Los quiteños, orgullosos por la belleza de su ciudad nativa, llaman a Quito "la cara de Dios". Y un poeta que en-

contró a la urbe asiéndose de los cabellos celestes, la llamó "balcón del cielo".

Pero viene desde lo antiguo un requiebro que es el mejor elogio de la capital de los Shyris:

Bajo del cielo, Quito
y en el cielo un huequito
para seguir mirando a Quito.

En relación con este requiebro, el peruano Carlos Camino Calderón refiere que llegó a Piura, a cumplir un destierro, el primer personaje de este epigrama de Luis Cor-
dero:

Molestina y Ordeñana,
Ordeñana y Molestina,
pareja tan chabacana,
pareja tan peregrina:
¡sepan que ya tengo gana
de ordeñar a Molestina,
y molestar a Ordeñana!...

Pues el señor Molestina, según Camino Calderón, fué un pedante, ingrato a la hospitalidad peruana. "Para el señor Molestina, dice, —que había sido gran viajero durante su juventud— New York era inmenso, pero allí la gente vivía en perpetuo mareo. San Francisco era linda, pero muy húmeda. Chicago olía a puro cerdo. En México no había de notable sino el pulque y el bosque de Chapultepec...

"El señor Seminario (piurano y amigo de aquél) oía, oía pacientemente, como todos los días!...

"Después de pasar revista a las ciudades centroamericanas donde nada valía tres pepinos, tocó su turno a Sudamérica: Caracas era fea hasta en el nombre de sus calles, pues

había una que llamaba calle Miseria. Bogotá no poseía sino la Quinta de Guanacas donde habitó Bolívar. Lima —ya lo había dicho el poeta— si bien era paraíso de mujeres, era purgatorio de hombres e infierno de borricos. Buenos Aires, Río de Janeiro, Santiago y Montevideo, no entusiasmaban al señor Molestina quien terminó así: —**En cuanto a Piura, ¡no hablemos de Piura Negros carachosos en la Mangachería! Indios llorones en el Tacalá! Mucho sol! Mucho calor! Convénzase Ud. señor Seminario, en la tierra ¡Quito! Y en el cielo, un huequito para ver a Quito!...**”

Y sigue el señor Camino Calderón: “Dicen los viejos piuranos que ante tal procacidad, por primera vez el señor Seminario sintió que le faltaba paciencia. Se levantó de la banca; tomó de un brazo al descortés ecuatoriano, y sacudiéndolo nerviosamente, exclamó: —**¡Eso es mentira! En la tierra ¡Piura! Y en el cielo, una rajadura para ver a Piura!...**”

No vale la pena escarbar la verdad de esta tradición piurana, pero sí es dable recordar que el requiebro quiteño y sus derivados, tienen sus inspiradores en la vieja España. Pensemos en estos dos dísticos estribillados:

Quien conoce Sevilla,
conoce maravilla!

Quien conoce Granada,
no conoce nada!...

5.—Pareados acerca de Quito y Lima

Como en el caso anterior, gran parte de los versos típicamente ecuatorianos tienen sus antecesores en la España de la dominación colonial. Por allá fué y es viejo este decir muy significativo en la historia:

Quien va de Sevilla,
pierde la silla.

En la Capital del Ecuador, este pareado tomó dos expresiones peculiares:

Quien va de Quito,
pierde el banquito!

Quien va a Quito,
pierde el banquito!

La primera forma se ha aplicado a aquellos políticos, principalmente Presidentes y Dictadores, que abandonaron Quito para hacer frente a ciertos conflictos que impidieron regresar al solio por aquello de los “volcamientos políticos”. Eso ocurrió con Juan José Flores en su última administración.

La segunda forma la han sentenciado en las provincias, aludiéndose a los que “abandonan” sus cargos de funcionarios para buscar en Quito mejores acomodos. Muchos de éstos se quedaron sin nada, o como se dice entre nosotros: “en el aire”.

Pero se dieron circunstancias en que los desterrados que fueron a combatir a sus regímenes desde la Capital del Perú, volvieron de allí a asumir el gobierno de la República. García Moreno fué uno de ellos. Pero veamos cómo se parearon los dísticos:

Quien va de Quito,
pierde el banquito!

Quien viene de Lima,
se sienta encima!

6.—Cuartetas tipológicas de algunas ciudades serranas

La alusión o el recuerdo de nuestros lugares geográficos, con el extracto de sus peculiaridades geohumanas, es frecuente en la copla ecuatoriana. Preferentemente ciudades y pueblos —expresiones de grupos sociales de la familia nacional—, están presentes en esos versos, como veremos luego.

Se cuenta que en lustros idos, las mujeres de Guaranda daban la vida por los forasteros que llegaban a su ciudad, para radicarse temporalmente allí en goce de empleos. En cambio los hombres, por causas de justo celo, se tornaban enemigos de los “afuereños”. Cuando el autor de estas páginas fijó su residencia en la capital de la provincia de Bolívar, ya no encontró el antiforasterismo que se alude y sí el abrazo ancho de la juventud.

Pero la copla que viene se refiere al pasado más lejano. Su recado apunta:

En la ciudad de Guaranda
se han formado dos esteros,
en donde echan a ahogar
a todos los forasteros.

Ya que de Guaranda se trata aquí, vale recordar su célebre fiesta de Carnaval, llamada justamente “el Carnaval de Guaranda”. La fiesta en cuestión es típica, pródiga en cantares originales que hacen bailar a lugareños y forasteros, al son de una música triste, pero que tiene el don de suministrar una alegría desbordante. La letra más corriente que se canta en esa guerra cordial de polvo y agua, es la siguiente:

Al golpe del carnaval
todo el mundo se levanta;

más conociendo la voz
del que suspirando canta.

Así se hace, así se hace carnaval!
Así se hace, así se hace carnaval!
Taralá-laá-laá, taralá-laá-laá,
taralá-laá-laá, taralaláaa...

Tira la bala
por la ventana,
hiéreme el cuerpo,
menos el alma.

(Sigue el estribillo).



Entre las ciudades ecuatorianas de la Sierra, Riobamba es la que más ostenta el abolengo tradicional de la colonia, llamándose heráldicamente la “Sultana de los Andes”. En ella perviven los blasones de la nobleza, y, por lo que se cuenta, en sus dominios los amoríos se someten a los filtros de la selección o confrontación de la azulinidad que corre por las venas de los pretendientes. Además se sabe que las chiquillas solteras de la edad florida poco se dejan ver de sus galanes y casi sólo a través de los vidrios de las ventanas.

Enfocando esta tipología femenina, el poeta compuso este cantar:

En la ciudad de Riobamba
se ha formado una laguna,
donde lloran los solteros
sin esperanza ninguna.

Mas los solteros heridos de esa manera en el fuero de sus conquistas varoniles, revocaron la copla a los casados, lo que de hecho entraña una malicia que se toca con la fidelidad conyugal. Y véase cómo el cambio de una sola palabra vuelca la intención de la cuarteta:

En la ciudad de Riobamba
se ha formado una laguna,
donde lloran los casados
sin esperanza ninguna.

△

Ciudad típicamente ecuatoriana es también Otavalo, situada en un paraje privilegiado y próxima al lago más grande y más hermoso del Ecuador. Ella es, a juicio de todos los turistas, la mejor joya de la provincia de Imbabura. Y antes de que así la juzguen los de afuera, los mismos poetas nativos la valoraron ya en su cantar:

De las tierras de Imbabura,
Otavalo es lo mejor,
donde se alegran los tristes
con pingullo y rondador.

Otavalo tiene también la fama de sus mujeres bellas que, como las de otras partes, se inclinan al amor de los forasteros, despertando los celos consiguientes. Sin duda, uno de esos galanes correspondidos dejó esta copla:

En la plaza de Otavalo
me han ofrecido matar,
quisiera que ese valiente
me dejara confesar.

Pujilí, pequeña ciudad de la provincia de Cotopaxi, cuenta en su haber un distintivo con la industria de cerámica. Los indios de la población y sus contornos trabajan estatuillas de barro y toda una fauna atrayente de colores vivos, aunque de toscos contornos. Esas son las "figuras de Pujilí" que no faltan en los mercados de la República.

El vate popular, dueño de ojo estético para valorar las cosas y el mérito de las mujeres, recurrió a la cerámica de Pujilí para esta comparación:

La mujer alta y garbosa
es la que más me gusta a mí;
la que es omota, parece
figura de Pujilí.

7.—Tránsito lírico por ciudades y pueblos de la Costa

En la jira de trovadores enamorados, Guayaquil es ciudad muy mentada por la atracción de sus jardines femeninos y por la hombría de sus hijos. Mas, para las conquistas amorosas, no siempre los bardos estuvieron satisfechos con el perfume de las flores de casa y buscaron ese halago más allá. A lo menos eso lo expresa esta cuarteta del tránsito de un amante:

En Guayaquil tengo mi alma,
en Vernaza los sentidos
y en el puente de Las Ranas
tengo mi amor escondido.

Otro cantor halló lejos de la ciudad porteña una hermosa más hermosa que las beldades de Guayaquil y Lima. Sin duda su decir fué un recurso de galantería para redondear

su piropo, en cuya composición le iba faltando la consonancia de los extremos. La redondilla en cuestión expresa:

Ni en Lima ni en Guayaquil
habrá hermosa que te iguale,
ni la luna cuando sale
el 15 del mes de abril.

Mas si Guayaquil, con todas sus beldades, no ha sido tan favorecida por estos recados del poeta, en este otro cantar se pone de relieve lo que en la Perla del Pacífico pudo un supervaliente:

De Guayaquil para abajo
hice levantar un puente,
con las costillas de un bravo
y lo demás de un valiente.



Entre los cantores del pueblo no falta el lirida que ostenta poderes tenorianos. Oigámosle a uno de ellos:

Yo soy el que compra gusto,
yo soy el que paga ganas.
De Vernaza a La Bocana
tengo flores a mi gusto.

Otro, en cambio, se reparte de este modo:

En Alajuela mi nombre,
en Manabí mi apellido;
en el centro de esta casa
tengo mi amor escondido.

8.—Cantares de evocación geográfica

Recurso de buena poesía es encontrar la expresión geográfica para la identificación con los zumos del espíritu. Este símil sírvanos de ejemplo:

A los pies del Chimborazo,
si no llueve está nevando.
Así estará mi negrita:
si no llora, suspirando.

Aunque no de la magnitud del Rey de los Andes, otro nevado importante del Ecuador es el Antisana, en cuyas faldas existen haciendas ganaderas con vacunos bravísimos que vienen proporcionando ejemplares para las corridas de toros de Quito, Machachi y varios pueblos vecinos del coloso. Esos animales, cuando se colocan en la plaza, sin toreros ni toreadores para embestir, mugen de ira y son capaces de arremeter contra el mismo viento que les golpea en la cara o en las ancas.

Este hecho taurino inspiró la copla del "amante despreciado de su dama", copla que en esta parte tiene su puesto:

Qué triste es ver a un amante
despreciado de su dama,
mugiendo de ira y despecho
como toro de Antisana.



También las predicciones del tiempo en relación con las lluvias, tienen su acierto en la Musa popular. En la hoya de Quito el invierno es recio y prolongado, llegándose a decir hiperbólicamente que "en Quito llueve trece meses al año".

Pero lo cierto es que en la Capital de la República llueve intensamente de enero a junio y más en los tres últimos meses de este período. De ahí provinieron estos pareados en gradación que más se parecen consonancias infantiles:

Abril,
aguas mil;
mayo,
hasta que se rompa el sayo;
junio,
hasta que se rompa el puño.

△

Y aquí viene otro pasaje de la vida geohumana del Ecuador.

Los serranos llaman **Tierra-abajo** a la región baja del trópico territorial. En esa parte del país no pocos hallaron fortuna y algunos también la muerte. En tiempos pasados, la bubónica y la fiebre amarilla les abrieron sus brazos descarnados de mortandad feroz.

Seguramente algún serrano de aquel tiempo debió cantar este despecho:

Ya me voy a **Tierra-abajo**,
pues esa tierra es muy buena:
allí pronto con la fiebre
cualquier infeliz despena.

Aún en tiempos de peligros pestíferos, el serrano iba a **Tierra-abajo**, a "buscar la vida", es decir, a buscar trabajo lucrativo para subsistir. Esta copla atestigua esa costumbre que, con la benignidad de los nuevos tiempos, sigue en auge todavía. Dice:

Pues ya no tengo valor,
me voy a buscar la vida,
porque esta vida que tengo
es una luz consumida.

△

El Oriente Ecuatoriano entra, a su vez, en este torneo de geografismo poético. Para la elección y selección de la mujer-esposa, el pueblo recurrió a la comparación de la escogida con el oro del río Napo, oro que tiene la fama de ser muy bueno desde los tiempos de la Colonia. La cuarteta de referencia luce un símil de este modo:

El oro para ser bueno
del Napo se ha de sacar;
la mujer para casada
como ese oro ha de brillar.

9.—Poesía vegetal de la Sierra

La flora de un país es rica para los hallazgos poéticos de similitud con los sentimientos o concepciones del hombre. Poetas hay que se han vertido en ella como en un cántaro de afinidades, formas, colores y semejanzas. Al fin el hombre es también una planta que se sustenta a la tierra con las raíces de su destino, para dar flores y frutos de perennidad.

Un poeta popular de la flora azuaya encontró su símil dolorido en la flor de una leguminosa, el haba, cuyas flores son matizadas de blanco y negro. La copla entonces le brotó de los labios como una confesión:

Esta vida que yo vivo
es como flor de mi habal,

con blanco de mis recuerdos,
con negro de mi orfandad.



En contraposición al símil introspectivo, otro cantor halló el "grano de cebada" para retratar a una mujer en cuerpo y alma. El coplarío de Juan León Mera trae al respecto este cantar:

Eres bonita y chiquita
como un grano de cebada;
lo que te falta de cuerpo
te sobra de retobada.

La misma copla, en la provincia de Bolívar tiene este texto más expresivo, más preciso en la comparación de los dos primeros versos, gracias al empleo de un vulgarismo oportuno:

Chiquita y porondonga
como un grano de cebada;
lo que te falta de cuerpo,
te sobra de retobada.



Por acaso sea necesaria una explicación anticipada para la cuarteta que viene, bueno será recordar que en el Ecuador tenemos algunas variedades del agave americano, siendo dos las más conocidas por su gran utilidad entre los campesinos: la **cabuya mexicana** y la **cabuya blanca**. Ambas florecen sobre un mástil conocido con el nombre de **chahuarquero**,

el que secado es sumamente liviano. De ahí que una cruz de esa madera pesa muy poco, como para que nadie se queje de llevarla en el sacramento matrimonial.

Entre nosotros es corriente decir "cargar la cruz a la vida conyugal. Y esa cruz pesa en proporción a la vida que pasan los casados, hablándose por ello de "cruces pesadas" y "cruces livianas".

También se dice que el palo de romero tiene el atributo de escoger o encontrar las cosas difíciles, y cuando las dificultades rebasan de lo posible, se sentencia: "Eso no hallarás ni con palo de romero".

El bardo del folklore ha unido las dos circunstancias en una cuarteta bien rimada:

No soy cruz de chahuarquero,
no te vengas a quejar;
ni con palo de romero,
mejor marido has de hallar.



El bardo del folklore ha unido las dos circunstancias en sus acepciones. Y la yerba tierna es muy apetecida por los animales, lo que es cosa muy sabida. Pero vamos, que un coplero quiso ser animalito para comerse un yuyo de carne y hueso. El dice:

Si tú yuyito fueras
y yo ovejita,
te comiera a bocados
linda chagrita.



Los ecuatorianos llamamos **deshoje** al hecho de separar la mazorca de maíz de su envoltorio que el vulgo llama "hojas". Pero, en verdad, antes de **deshojar** la mazorca de maíz, no se sabe con certeza la calidad de los granos, por más que la apariencia sea buena. Por eso está bien lo que expresa este cantar ecuatoriano:

En el **deshoje** te he visto
y quisiera **deshojarte**,
para ver si tienes alma,
y si no, para olvidarte.

10.—Poesía vegetal de la Costa

Hay una palma subtropical conocida por el nombre de **cumbi** en el Ecuador. De su fruto blanco y duro hacen anillos que, en muchos casos campestres, constituyen la promesa de matrimonio. Y tal costumbre inspiró la copla que aquí traemos con la muestra tropológica de una bella sinécdoque:

Por esa mano derecha
con su anillito de **coco**,
si no me la entrega el cura,
yo voy a volverme loco.



La caña de azúcar que crece tanto en el Trópico como en los valles calientes de la Sierra, sirvió de motivo al **mon-**tuvio para componer este hermoso símil:

El amor de las morenas
e' duro como la **caña**,

pero cuando ha entrado e' diente
brota el jugo por la entraña.

Otras comparaciones sobre el amor y las mujeres abundan en el parnaso campesino del Ecuador, y son en buena parte, parodias de coplas españolas difundidas por toda Hispanoamérica. Las que aquí traemos corresponden a nuestro Litoral:

Las mocitas de este tiempo
son como la **yerba-buena**:
no se contentan con uno,
sino con media docena.

Las muchachas de Esmeraldas
son como carbón molido;
apenas tienen pechitos:
"Mamita, quiero marido".

Nótese la alusión directa al tipo de mujer negra que abunda en esa provincia. Su pelo motoso es exactamente como "carbón molido", y es característica en ella la precocidad sexual.

Es evidente también que los geobotánicos estiman mucho la tierra morena, rica en abonos naturales, para el cultivo de las plantas. Y si recordamos la preferencia que merecen las morenas para el amor, esta copla viene en testimonio:

Morena tiene que ser
la tierra para claveles;
y la mujer para el hombre,
morenita y con desdenes.

El Cronista Vitalicio de la Ciudad de Guayaquil, Dr. Modesto Chávez Franco, refiere que donde hoy se asienta la ciudad de Milagro, antes era un sitio despoblado, conocido por el nombre de Chirijo, rico en la producción de piñas. No muy lejos estaba el Yaguachi antiguo, notable por la gran producción de arroz y por la devoción a San Jacinto que hasta ahora es el patrono de ese lugar.

Basándose en estas características agrícolas, el vate montuvio hizo su copla:

Padre San Jacinto
pide siempre a Dios,
en Chirijo piñas
y en Yaguachi arroz.

11.—Cantares de la pescadora de Guayaquil

Por noticias del mismo Cronista, antes era muy popular en Guayaquil esta canción atribuida a Juan Eusebio Molestina:

Nací entre juncos
y entre espadañas;
crecí entre cañas
de Guayaquil.
Desde muy niña
me dicen que era
cual hechicera
rosa de abril.
Y hoy en las bellas
risueñas playas

del manso Guayas
muero de amor,
pues soy la novia,
pues soy la amante
firme y constante
de un pescador.

¿Cómo alcanzó esta dicha del corazón? Esta cuarteta trae la explicación:

Para los peces él tiene anzuelos,
yo mis anzuelos tengo para él;
pues al mirarlo con desenfado
lo tengo al lado rendido y fiel.

12.—La fauna en otros cantares

La poesía de similitud es fecunda en el parnaso del pueblo. Este poeta descubre semejanzas en todos los reinos de natura. Aquí viene el recuerdo del quinde o picaflor que, como una lanza, se clava en las corolas para libar el divino licor de las flores. Pues su deseo anota así:

Tu boquita parece
clavel rosado;
yo quisiera ser quinde
para lograrlo.

En los fueros de la comparación abundan las parodias de este cantar generalizado en varios países de Hispanoamérica:

Las mujeres de este tiempo
son como el gallinazo:
después de comer la carne,
del hueso ya no hacen caso.

Otra copla que hace la comparación con el alacrán también es muy común. La misma, aclimatada en la Atenas Ecuatoriana, expresa:

Todas las cholitas de Cuenca
son como el alacrán:
cuando ven al hombre pobre,
alzan el rabo y se van.



Entre los cantares españoles y argentinos encontramos esta cuarteta de rima perfecta:

La suerte me dió el alazo,
soy pobre, pero orgulloso;
y soy como el espinazo:
pelado, pero sabroso.

Una variación de la misma, pero con significado tal vez más armonioso, la tenemos nosotros:

Señora, yo soy un pobre,
pobre pero cariñoso,
como espinazo de puerco,
pelado, pero sabroso.

13.—Un pedido final

El poeta José Joaquín Olmedo, al final de su Canto a Bolívar demanda como premio a "su osadía", "una mirada tierna de las Gracias", "el aprecio y amor" de sus hermanos, "una sonrisa de la Patria" y "el odio y el furor de los tiranos". El trovador popular también pide su "algo", como epí-

logo de esta tarea que se ha impuesto uno de sus devotos. Pero él, con la sonrisa en los labios y la malicia inocente entre dientes, frente al Píndaro de América declara su antojo como Sancho ante Don Quijote.

Quien pide poco, es un loco;
yo que jamás quiero poco,
en pedir soy atrevido,
y a la fortuna le pido
cien mil pesos cien mil veces,
mujer de doscientos meses,
la salud y el gusto enteros,
no lidiar con majaderos,
morirme cuando yo quiera,
irme al cielo cuando muera.

VOCABULARIO DIALECTAL

A

- Afuereño:** — Forastero, persona venida de afuera.
Albajaquita: — Diminutivo de albahaquero o maceta.
Alza que te han visto: — Fandango y canción de origen nacional, inspirado posiblemente en el "costillar" de las danzas españolas de la colonia.
Allulla: — Galleta de manteca, fabricada en Latacunga.
A punta de: — Modismo usado por el pueblo en vez de "a fuerza de". Dícese en el cantar: **A punta de mentiras**, por "a fuerza de mentiras".
Aspar a puñaladas: — Coser a puñaladas o apuñalar con aspas de acero.
Arroz seco: — Una comida de arroz con manteca, que se sirve preferentemente con carne.
Ave: — En una copla el pueblo emplea este término como sinónimo de gallina, para hacer fácil la rima.
Aravico o aravec: — Poeta del Incario.

B

- Bocina:** — Instrumento de soplo, fabricado de cuerno, que tocan los indios de la Región Andina del Ecuador,

para conducir el ganado vacuno y en las corridas de toros.

- Bragado:** — Valiente, temerario o con bragas o calzones. En la expresión corriente, "tener bragas" o "tener calzones" significa ser valiente, valeroso, corajudo, etc.
Bungas: — Personas de la gente vaga o de la gente de mal vivir moral.

C

- Cachudos:** — Apodo que se daba a los soldados de la Caballería de Veintemilla, porque llevaban casco o morrión con remate metálico a manera de cornezuelo. **Cachudo** se deriva de **cacho**, que significa cuerno.
Cacho: — Cuerno, en una acepción, y chascarrillo, en otra.
Cachiporros: — Sobrenombre que en la guerra colombo-ecuatoriana de 1863, se daba a los colombianos.
Cachunlla: — Quichuismo que significa "nuera mía" o "mi nuerita".
Calé: — Vulgarismo ecuatoriano que equivale a un cuarto de real o un cuarto de décimo de sucre.
Cambujo: — Don Modesto Chávez Franco dice que así se denominaba al "hijo de albarazado con negra. Albarazado era el hijo de cambayo y mulata; y cambayo era el brote de sambayo e india; y sambayo era el de lobo e india; y lobo el de indio y torna-atrás". (Esta última palabra véase en este Vocabulario).
Caña: — Caña de azúcar. En otra acepción: bambú.
Cariuchu: — Quichuismo que se traduce literalmente por "ají macho" y que constituye el nombre de una comida preparada con papas, ají molido, cebolla, etc.
Cebiche: — Guiso de pescado o de mariscos.
Coco: — Fruto de la palmera. La variedad a que hace referencia una copla, se llama **cumbi**, de cuyo fruto duro

llamado también **coco**, se hacen anillos y objetos minúsculos.

Concierto: — Individuo del **concertaje** o sea de la facultad legal que antes tenían los indios del Ecuador para contratar sus servicios al amo o terrateniente, en una forma que seguía a perpetuidad y llegaba a ser una especie de esclavitud. El liberalismo-radical, después de conquistado el Poder del Estado, puso fin a esa ley oprobiosa, aunque los “concertadores” aún no cesan de hallar maneras para burlarse de la ley abolicionista. El pueblo, en una copla, metafórica hermosamente la palabra concierto, para expresar que quiere ser esclavo del amor.

Costillar: — Fandango español que tanto se popularizó en Hispanoamérica. El “Martín Fierro” de José Hernández lo evoca alegremente, y Juan León Mera hace lo propio en su Antología de Cantares del Pueblo Ecuatoriano.

Cuartillo: — Cuarto de real.

Cuarto: — Cuarto de real también o del décimo de sucre.

Cuernear: — Poner cuernos o traicionar al esposo o la esposa.

Cumbi: — Una variedad de palmera de coco, cuyo fruto sirve para fabricar anillos y objetos pequeños.

Cushma: — Quichuismo que sirve para nombrar a una camiseta sin mangas.

CH

Chagrita: — Diminutivo de **chagra**. Este nombre le da el individuo de la ciudad al del pueblo y éste al campesino.

Chagracama: — Palabra de origen quichua que quiere decir: cuidador de sementeras.

Chahuarquero: — Capoc terminal o mástil del maguey, agave o cabuya. Es largo, delgado y tiene el corazón esponjoso, suave y liviano como algodón compacto, cuando está seco. Esta materia liviana llama el vulgo **yescá**.

Chahuarango: — Estolón o hijuelo de la cabuya que se usa como jabón exquisito entre el campesinado de Tungurahua. Por eso en una copla ecuatoriana se dice que la ropa de Alfaro hay que lavarla con **chahuarango**, en vez del “agua de rosas” de la copla montuvia.

Chapetones: — En la América colonial se llamaba con este nombre a los españoles nacidos en España, para diferenciarlos de los criollos o españoles nacidos en América.

Chihuahuas: — Maniqués de fuegos artificiales o pirotécnicos que, en las fiestas religiosas son encendidos y transportados de un lugar a otro, como toro bravo que lanza chispas y revienta cohetes. Con dicho nombre se bautizó a los revolucionarios de 1833-1835, porque asomaban también bravos bajo las sombras y desaparecían disparando sus armas y atemorizando a los enemigos.

China: — Juan León Mera dice que esta palabra, con la acepción vulgar que en nosotros tiene, procede del quichua y significa criada, moza de servicio. Pero es cierto que en el Ecuador llamamos **chinas** a las sirvientes, principalmente a las cocineras y niñeras.

Chinta: — Variante de **cinta**, del terminal de Jacinta. Parece que la persona que en el folklore asoma como **Chinta**, debió llamarse Jacinta.

Chogollo: — Fruto del maíz en estado tierno

Cholo: — Tipo cruzado de mestizo e indio o de mulato e indio, es decir, con predominio de sangre indígena. El

término, usado en diminutivo, es usual entre nosotros y admitido como expresión de confianza y afecto.

Chushig: — Buho.

D

Deshoje: — Sustantivo derivado del verbo **deshojar** o quitar las glumas del maíz en la cosecha. **Deshoje**, tropológicamente, equivale también a "cosecha del maíz maduro".

E

Estanquillo: — Diminutivo de estanco. Con el nombre subrayado se denomina a la taberna pequeña o cantina donde se vende aguardiente.

F

Fregar: — Es un verbo de mucho uso en el pueblo ecuatoriano. Equivale a ruina, molestia, amenaza de sanción, etc. En tal sentido se dice en la copla: **fregó, fregaste**, etc.

G

Godos: — Los americanos autonomistas llamaban godos a los españoles realistas. Ahora se usa godo como sinónimo de ultramontano, conservador, fanático, **curuchupa**.

Guacuco: — Esmeraldeñismo que sirve para nombrar a un pez cartilaginoso de río.

Guadúa: — Bambú.

Guaruro: — Sobrenombre de los policías peruanos.

H

Habal: — Campo sembrado de habas, que la Real Academia de la Lengua Española llama **habar**. Honorato Vásquez cree, justamente, que el término como usa el pueblo ecuatoriano es castizo, y dice: "Habal y no habar seguiremos llamando al campo cundido de esa delicada leguminosa".

Hínquense: — Imperativo del verbo hincar que el pueblo lo usa con el significado de arrodillarse o hincar la rodilla.

Huambra: — Muchacho o muchacha, en el dialecto de la Sierra Ecuatoriana.

Huasipungo: — Terreno y casa que el terrateniente da al indio para que, en vez de arriendo, siga pagando el beneficio por medios de días de trabajo semanales.

J

Jocha: — Tributo espontáneo que se paga en las fiestas privadas de los campesinos serranos, para disfrutar de ellas. Es una deuda que se paga en iguales circunstancias.

Jumar o ajumar: — Embriagar, emborracharse.

L

Limosnero: — El pueblo lo emplea como sinónimo de mendigo, pordiosero, pedidor de caridad. J. L. Mera dice: "Limosnero es el que da limosna, no el que recibe". Creemos que también es el que recibe, no como caridad, sino como los monaguillos en las misas.

M

- Macanita:** — Diminutivo de **macana** o chal de hilo de algodón, con flecos y listas de color, que usa la mujer del pueblo, principalmente en la provincia del Azuay.
- Mama:** — Como palabra grave equivale a mamá. Los glotólogos dicen que es palabra quichua, porque los incas llamaban **Mama Oollo** a una mujer de la realeza. Pero es evidente que **mama** es término común a muchas lenguas americanas y europeas, porque proviene del balbuceo onomatopéyico de la lactancia.
- Mashalla:** — Yernito, yerno mío, en quichua.
- Mashca:** — Harina de cebada. En otra variedad se dice **má-chica**.
- Maquicaras:** — Mangas de piel cruda que usan los indios para proteger los brazos.
- Marimba:** — Instrumento musical construido con piezas de chonta, como teclas, y con canutos de bambú o **gua-dúa** que hacen de caja de resonancia. Generalmente lo tocan entre varias personas. Es propio de los negros.
- Mascachochas:** — Apodo del General colombiano Cipriano Mosquera.
- Mayordomo:** — Jefe de indios de una hacienda. Se desvela por los intereses económicos del patrón y a veces se convierte en verdugo de sus subordinados que son de su misma clase y condición.
- Medio:** — La mitad de un real o la vigésima parte del sucre.
- Me voy a buscar la vida:** — Expresión favorita que equivale a: "Me voy a tierra ajena, a probar suerte y a ver si consigo trabajo lucrativo, para regresar con dinero".
- Minga:** — Trabajo colectivo, de cooperación o de beneficio común. Originariamente es de costumbre indígena,

pero ahora se ha extendido a todas las clases sociales, con positivos beneficios nacionales.

- Monos:** — Apodo que dan los serranos a los costeños. Tiene una explicación histórica en "Leyendas, tradiciones y páginas de Historia de Guayaquil", por J. Gabriel Pino Roca.
- Montuvio:** — Campesino de la Costa o Región Tropical del Ecuador.
- Morisco:** — Hijo de español y mulata.
- Mulato:** — Hijo de español y negra o viceversa.
- Mudo:** — Uno de los apodos del General Ignacio de Veintemilla.
- Muyuelo:** — Pan especial con mucho huevo.

N

- Nacimiento:** — Altarcillo belénico que se arregla en Navidad.

N

- Ño y ña:** — Monosílabos que usan tradicionalmente los sirvientes para tratar a sus amos, en vez de patrón y patrona, señor y señora, niño y niña. Unos creen que son abreviaciones de **señó** y **señá**, vulgarismos españoles de señor y señora. Otros, tal vez con más razón, están porque **ño** y **ña** son terminales de niño y niña, porque **ño** y **ña** dicen a niños y adultos, a la par que niño y niña también.
- Nuca llacta:** — Quichuismo equivalente a mi tierra, mi patria.

O

- Omota:** — Juan León Mera dice que es una palabra de origen quichua, derivada de **umucho** o **umutu** que significa enano, rechoncho.

P

- Pelado, pelada:** — Persona pobre, sin porvenir.
- Papelillo:** — Cigarrillo de envolver o papel con polvillo de tabaco.
- Pepa caliente:** —Proyector disparado.
- Pepita:** — Diminutivo de **pepa**, mal de gallinas consistente en una película que cubre la punta de la lengua y secreta babaza, lo que ahoga a las aves enfermas.
- Perra con mal:** — Perra con hidrofobia.
- Pingullo:** — Instrumento musical de aire que los indios tocan como clarinete. Es fabricado de bambú delgado, conocido por el nombre de **tunda**.
- Pitimini:** — Término castellano que nombra un rosal de flores rizadas. El pueblo halló semejanza entre estas flores y las mujeres de pelo crespo.
- Planazo:** — Cintarazo o dar de plano con la espada.
- Porondonga:** — Regordeta.
- Puendo:** — Apodo que los colombianos daban y aún dan a los ecuatorianos.
- Puño:** — Cántaro de barro.
- Puñapí:** — Hacienda de las vegas del Patate.
- Puquito:** — Diminutivo de **pucio**, nombre que los indios dan a una taza de barro.

Q

- Quinde:** — Picaflor.
- Quinquín cucho:** — Dos palabras quichuas que se traducen por rincón propio.

R

- Retobada:** — Mal genio, testaruda, caprichosa.

- Rondador:** — Instrumento musical de soplo, fabricado de carrizos graduados por el tamaño y el grosor. Es muy usual entre los indios y adecuado para las tonadas tristes.

S

- Sal quiteña:** — Agudeza festiva propia de los quiteños.
- Sancocho:** — Una variedad de salcocho. Consiste en una sopa preparada con plátanos y papas o plátanos y yuca.
- Shigra:** — Bolsa de hilo de cabuya, tejida a la manera del **crochet**.
- Silla:** — Gobierno. En una copla se dice "le botamos de la silla", por "le arrojamos del Poder".

T

- Taita:** — Papá.
- Tapada:** — Dama colonial que se embozaba con la manta a la moda morisca, dejándose ver los ojos muy apenas.
- Tauras:** — Apodo de los soldados de las tropas de Veintemilla. Llegó a significar también "foragidos", por los abusos que esa soldadesca cometía.
- Tierra-abajo:** —Costa o tierra baja; Litoral.
- Teniente:** —Teniente Político o autoridad civil de la parroquia.
- Torna-atrás:** — Hija de español y albina, la que a su vez era hija de español y morisca o viceversa.
- Trago:** —Aguardiente o licor de la caña de azúcar.
- Tropeña:** —Mujer de tropa o mujer del soldado.
- Tunda:** — Bambú delgado del que se hacen cerbatanas e instrumentos musicales de aire o soplo.

U

Uno y diez y ocho: — Toque de corneta que antes se usaba en el Ecuador, para dispersar a las tropas.

V

Vado: — Un sitio del río Cuenca, en la parte occidental.

Vendaje: — Anehala o gratificación que se hace sobre la cantidad justa de la venta.

Y

Yana: — Negro, en quichua.

Yaraví: — Composición propia del aravec o aravico, poeta del Incario. Se caracteriza por la expresión de dolor y tristeza. Tiene música del mismo estilo.

Yerba-buena: — Planta medicinal.

Yesca: — Corazón del chahuarquero o mástil de la cabuya. Seco, es muy liviano y esponjoso.

Yuyito: — Diminutivo de yuyo o hierba tierna.

Z

Zumbar: — Usase en el Ecuador como sinónimo de arrojar.

FUENTES DE INFORMACION Y RECOPIACION DE ESTOS CANTARES

- 1.—Cantares del Pueblo Ecuatoriano, por Juan León Mera.
- 2.—Coplas Montuvas y Coplas Serranas, publicadas por el Profesor Justino Cornejo en "El Telégrafo" de Guayaquil.
- 3.—Leyendas, Tradiciones y Páginas de Historia de Guayaquil, por J. Gabriel Pino Roca.

4.—Quito Colonial, por Isaac J. Barrera.

5.—Crónicas del Guayaquil Antiguo, por Modesto Chávez Franco.

6.—Monografías Históricas, de provincias, cantones y parroquias, por varios autores.

7.—El General Sucre, Precursor del Periodismo Continental, por Angel Grisanti.

8.—Colección de cantares, compilados por D. G.

9.—Alfaro, Garibaldi Americano, por "Antiguo Secretario".

10.—Centón Lírico, por José E. Machado.

11.—Resumen de la Historia del Ecuador, por P. F. Cevallos.

12.—Montúfar, Biografía histórica, por Neptalí Zúñiga.

13.—Historias de la Literatura Ecuatoriana, por varios autores.

14.—Fuera del Diccionario, por Justino Cornejo.

15.—Reparos sobre nuestro lenguaje usual, por Honorato Vásquez.

16.—Juyungo, por Adalberto Ortiz.

17.—Novelas y cuentos nacionales, de diversos autores.

18.—Manuelita Sáenz, por Concha Peña Pástor.

19.—Rayos Catódicos, Fuegos Fatuos, Cintas Alegres, etc., por José Antonio Campos.

20.—La Poesía Popular del Ecuador, por Isaac J. Barrera.

21.—La Independencia de Cuenca, por Víctor Manuel Albornoz.

22.—La Poesía Popular en América, por Ernesto Morales.

23.—Tradiciones de Trujillo, por Carlos Camino Calderón.

24.—Hoguera Bárbara, por A. Pareja Diez-Canseco.

25.—Interpretación de la Poesía Popular, por Octavio Quiñones Pardo.

26.—Revista de Folklore, de Colombia.

27.—Contribuciones, de amigos.

28.—Sucedió en la Frontera, por Leonardo Chiriboga O.

INDICE

	<i>Pág.</i>
INTRODUCCION: LA POESIA POPULAR ECUATORIANA	5
PRESENCIA DE LA HISTORIA:	
Recados de la Conquista	17
Recados de la Colonia	23
Recados del Tiempo Heroico	31
Recados Grancolombianos	61
Recados de la República (primera parte)	69
Recados de la República (segunda parte)	93
PRESENCIA SOCIO-GEOGRAFICA:	
Recados de la Vida Nacional (primera parte)	104
Recados de la Vida Nacional (segunda parte)	133
VOCABULARIO DIALECTAL	162

"PRESENCIA DEL ECUADOR EN SUS CANTARES", por Dario Guevara, se terminó de imprimir el 28 de Julio de 1954, siendo el Dr. Benjamín Carrión Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Jorge Enrique Adoum Director de la Editorial y Edmundo Velasco Z. Regente de los Talleres Gráficos.